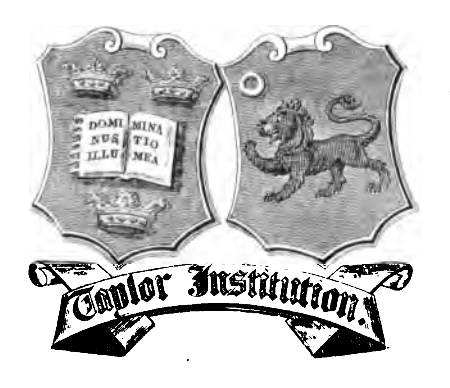

313 a 44


DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.



Ó LOCURA Ó SANTIDAD.

Ó LOCURA Ó SANTIDAD,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Estrenado en Madrid, en el TEATRO ESPAÑOL, el 22 de Enero de 1877.

SEXTA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, 18, *principal*.

1884.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON LORENZO DE AVENDAÑO (1).	Sr. Vico (D. Antonio).
ÁNGELA	Sra. Marin.
INÉS	Srta. Contreras.
LA DUQUESA DE ALMONTE.	Sra. Fenoquio.
EDUARDO	Sr. Calvo.
JUANA	Srta. Boldun.
DON TOMÁS	Sr. Oltra.
EL DOCTOR BERMÚDEZ	Sr. Benavides.
BRÁULIO	Sr. Riquelme.
BENITO	Sr. Romea.
UN CRIADO	Sr. Castro.

La escena en Madrid; en casa de D. Lorenzo.

(1) Por enfermedad del señor Vico se encargó á la quinta representacion del papel de D. Lorenzo, el Sr. Cepillo.

AL EMINENTE ACTOR

DON ANTONIO VICO.

Cumplo deber ineludible, ejerzo acto de justicia y procuro dar público testimonio de cuanto admiro su gran talento y su inagotable inspiracion, dedicando á Usted esta obra, que fué la elegida para su beneficio y en que á tal altura raya Usted.

Usted, que desde mi primer ensayo en *El libro talonario*, ha venido ganándome aplausos y triunfos; Usted, que ha sido sucesivamente sobre la escena: el D. Cárlos de Quirós de *La esposa del vengador*, el Banquero de aquel epílogo de *La última noche*, el Fernando de *En el puño de la espada*, el Pablo de *Cómo empieza y cómo acaba* y el Lorenzo de *Ó locura ó santidad*, bien merece, y es harto humilde recompensa, ya lo conozco, á cambio de tantos y tantos arranques sublimes, de tantos y tantos gritos desgarradores, de tantas maravillas de expresion, esta muestra de mi gratitud, de mi admiracion y de mi amistad.

Echegaray.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el despacho de D. Lorenzo: forma octógona.—Á la izquierda del espectador, y en primer término, una chimenea encendida: encima un gran espejo de marco negro: en segundo término, una puerta.—Á la derecha, en primer término, otra puerta: en segundo término, una ventana.—En el fondo, la puerta principal.—En los dos chaflanes ó lados oblícuos del octógono, grandes estantes con libros.—Á la izquierda, una mesa de despacho con pupitre y sillon.—Á la derecha, un sofá.—Sobre algunas sillas, sobre la mesa, en las repisas de los estantes y en las paredes, libros y objetos artísticos en confusion pero sin que aparezca recargado el conjunto.—El adorno, elegante y rico, pero de gusto muy severo: cortinajes y muebles oscuros.—Es dia de invierno: la luz muy escasa.

ESCENA PRIMERA.

D. LORENZO.

Sentado á la mesa y leyendo atentamente.

«Las misericordias, respondió don Quijote, sobrina, »son las que en este instante ha usado Dios conmi»go, á quien, como dije, no las impiden mis peca»dos. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las som»bras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me

»puso mi amarga y contínua leyenda de los detes»tables libros de las caballerías. Ya conozco sus dis»parates y sus embelecos, y no me pesa sino que es»te desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja »tiempo para hacer alguna recompensa leyendo otros »que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á »punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que »diese á entender que no había sido mi vida tan ma»la que dejase renombre de loco; que puesto que lo »he sido, no querría confirmar esta verdad en mi »muerte.» (Suspende la lectura y queda pensativo largo rato.) ¡Locura, luchar sin tregua ni reposo por la justicia en esta revuelta batalla de la vida, como luchaba en el mundo de sus imaginaciones el héroe inmortal del inmortal Cervantes! ¡Locura, amar con amor infinito, y sin alcanzarla jamás, la divina belleza, como él amaba á la Dulcinea de sus apasionados deseos! ¡Locura, ir con el alma tras lo ideal por el áspero y prosáico camino de las realidades humanas, que es tanto como correr tras una estrella del cielo por entre peñascales y abrojos! Locura es, segun afirman los doctores; mas tan inofensiva, y por lo visto, tan poco contagiosa, que para atajarla no hemos menester otro Quijote. (Pausa. Despues se levanta, viene al centro del escenario, y de nuevo se queda pensativo.)

ESCENA II.

D. LORENZO, DOÑA ÁNGELA, D. TOMÁS.

Los dos últimos se detienen en la puerta de la derecha, primer término, y desde allí, medio ocultos por el cortinaje, observan á D. Lorenzo. Éste en el centro y volviéndoles la espalda.

ÁNGELA. ¿Lo ve usted? Como siempre: leyendo y pensando.

D. TOMÁS. Ángela, su esposo de usted es todo un sabio; pero no abusemos de la sabiduría. Si la cuerda, cuanto más

tensa, da sonidos más agudos, tambien con mayor facilidad se rompe; y al romperse, á la divina nota, sucede un eterno silencio. Mientras el cerebro se agita en sublimes espasmos, la locura acecha: no lo olvide usted. (Pausa.)

D. LOR. ¡Extraño libro, libro sublime! ¡Cuántos problemas puso Cervantes en tí, quizá sin saberlo! ¡Loco tu héroe! Loco, sí; loco. (Pausa.) El que no oyera más que la voz del deber al marchar por la vida; el que en cada instante, dominando sus pasiones, acallando sus efectos, sin más norte que la justicia, ni más forma que la verdad, á la verdad y la justicia acomódase todos sus actos, y con sacrílega ambicion quisiera ser perfecto como el Dios de los cielos... ese, ¡qué ser tan extraño sería en toda sociedad humana! ¡qué nuevo Don Quijote entre tanto y tanto Sancho! Y al tener que condenar en uno el interés, la vanidad en otro, la dicha de aquel, los desordenados apetitos de éste, las flaquezas de todos, ¡cómo su propia familia, á la manera del ama y la sobrina del andante caballero; cómo sus propios amigos, de igual suerte que el cura y el barbero y Sanson Carrasco; como jayanes y doncellas, y duques y venteros, y moros y cristianos á una voz le declararan loco, y por loco él mismo se tuviera, ó al morir lo fingiría, porque le dejasen al ménos morir en calma!

D. TOMÁS. (Acercándose á D. Lorenzo y poniéndole una mano en el hombro. Doña Ángela se acerca tambien.) Lorenzo.

D. LOR. (Volviéndose.) Tomás... Ángela... ¿Estábais ahí?

D. TOMÁS. Sí, escuchábamos á medias tu filosófico monólogo. Y ¿á cuenta de qué son esos sublimes desahogos de mi buen amigo?

D. LOR. Lecturas de Don Quijote, que se me suben á la cabeza, y allá se mezclan con otras modernas filosofías, que andan vagando, como diría mi empedernido Doctor, por las celdillas de la sustancia grís.

D. TOMÁS. Como diría todo el que quisiera decir algo puesto en razon.

ÁNGELA. ¡Qué espanto! ¿Van ustedes á empezar una de esas interminables disputas sobre el positivismo y el idealismo y todos los demas *ismos* del Diccionario, que son otros tantos abismos del sentido comun?

D. TOMÁS. No se alarme usted, Ángela, que algo más interesante tengo que decir á Lorenzo.

D. LOR. Y algo más urgente tengo yo tambien que preguntarte. (Á Tomás.)

ÁNGELA. Ya lo creo: más interesante y más urgente que los disparates y embelecos de que se llenan ustedes la cabeza, es la salud de nuestra niña.

D. LOR. ¿Cómo encuentras hoy á la hija de mi vida? (Con afan.)

ÁNGELA. ¿Cómo está Inés? (Pausa.)

D. LOR. ¡Vamos!... ¡Responde!... ¡No nos tengas en esta ansiedad! (Nueva pausa. D. Tomás mueve la cabeza con aire de disgusto.)

ÁNGELA. ¡Don Tomás, por Dios! ¿Peligra acaso?

D. LOR. ¡Qué dices, mujer! No pronuncies esa palabra.

D. TOMÁS. Alto, alto. ¡Qué deprisa van ustedes! Es cosa grave, no lo niego.

D. LOR. ¿Qué dices!

ÁNGELA. ¿Qué dice usted!

D. LOR. ¿Cuál es su enfermedad? Qué nombre tiene?

ÁNGELA. ¿Cómo se cura? Porque debe curarse de algun modo. Es preciso, Tomás, es preciso que usted salve á mi hija.

D. TOMÁS. ¿Cuál es su enfermedad? Una de las que causan más estragos entre los vivientes. ¿Qué nombre tiene? Amor, le llaman los poetas: nosotros los médicos le damos otro nombre. ¿Cómo se cura? Hoy por hoy con el cura; y es tan probado específico, que al mes de haberlo usado, ni memoria queda en ambos cónyuges de la fatal dolencia.

ÁNGELA. ¡Qué bromas tiene usted, don Tomás! Me ha dejado usted sin gota de sangre en las venas.

D. TOMÁS. Ello es que hablando sériamente, y dadas las condiciones de esa niña, su temperamento nervioso, su sensibilidad extrema y ese su romántico amor, la dolencia es grave; y si no se busca pronto remedio en la dulce calma de la vida conyugal, Ángela, amigo mio, me duele decirlo, pero el deber me lo ordena, no cuenten con Inesita. (Con seriedad.)

D. LOR. ¡Tomás!

ÁNGELA. ¿Usted cree?...

D. TOMÁS. Creo que Inés ha heredado la imaginacion exaltada y fantástica de su padre; que hoy la fiebre del amor circula por todas sus venas en olas de fuego. Y si no la casan ustedes, y muy pronto, con Eduardo; si ella llega á comprender que sus esperanzas no han de realizarse, los delirios de su fantasía y las violencias de su pasion, aunque no sé en qué forma, sé por desdicha que han de herirla de muerte.

D. LOR. ¡Dios mio!

ÁNGELA. ¡Hija mia!

D. TOMÁS. Ya saben ustedes mi opinion: opinion expuesta sin rodeos ni ambajes, cual lo exige lo urgente del caso y con la lealtad á que me obligan el cariño que nos une y el que profeso á esa inocente niña.

ÁNGELA. (Á Lorenzo con tono resuelto.) Tú lo has oido: es preciso que Inesita y Eduardo se casen.

D. LOR. Bien lo quisiera, Ángela. Eduardo es bueno, es inteligente, quiere á nuestra hija con delirio; pero...

ÁNGELA. Pero ¿qué? ¿Que no somos nobles y que la madre de Eduardo, la Duquesa viuda de Almonte, se opone á esta union? Y ¿qué importa si él quiere, y no es ella la que ha de casarse?

D. LOR. Ángela, piénsalo bien; ¡dar pábulo nosotros á la rebeldía del hijo contra la madre!...

ÁNGELA. Piénsalo bien, Lorenzo; ¡sacrificar nuestra hija á las

vanidades de esa mujer?

D. LOR. Lamentar vanidades y desdichas, cosa fácil me parece: buscar remedio al daño es lo que importa...

ÁNGELA. ¿Por qué no hablar á la Duquesa? Dicen que aparte de sus preocupaciones aristocráticas es buena mujer y que con delirio quiere á su Eduardo. Vas allá y le suplicas y le ruegas.

D. LOR. ¡Yo suplicar! ¡Yo rogar! ¡Humillarme yo! No soy yo ciertamente quien ha de ir á pedirle su hijo: ella es la que debe venir á mi casa á pedirme la mano de Inés. Las conveniencias sociales, el respeto á la mujer, mi propio decoro así lo exigen.

ÁNGELA. Aquí tiene usted al filósofo, al sabio, al hombre perfecto, rebosando vanidad y orgullo. (Dirigiéndose á Don Tomás que se habrá acercado á la mesa y estará hojeando libros.)

D. LOR. Ángela, eres injusta: no es orgullo, es dignidad, dignidad, sí; porque no es decoroso que mendiguemos para la frente de Inés, que en sí lleva la mejor corona, la corona ducal que desdeñosa nos niega otra familia; no es decoroso, repito, que vayamos de puerta en puerta, y ménos si en sus dinteles hay labrados blasones, tendiendo la mano para que nos hagan la limosna de un nombre, cuando Inés tiene el mio, tan bueno, por limpio y por honrado, como otro cualquiera que lo sea mucho.

D. TOMÁS. Lorenzo tiene razon; pero usted, Ángela, tambien la tiene.

ÁNGELA. Pues bien, no vayas tú: conserva incólume tu dignidad de sabio y de filósofo. Yo, que no soy más que una pobre madre, yo iré. Á mí no me causa sonrojo ir de puerta en puerta mendigando, no coronas ni blasones, sino la felicidad y la vida de mi hija.

D. LOR. Ni á mí tampoco, Ángela: tienes razon. Diga el mundo lo que quiera, piense lo que pensare la Duquesa, iré. ¿No es verdad que debo ir? Tú que tie-

nes un criterio recto y severo, y que juzgas de las cosas á sangre fria, dime tu opinion con franqueza. (Á Tomás.)

ÁNGELA. ¡Ah! ¡Qué hombre! ¡Pues no está discutiendo si debe ó no debe ir! Estas cosas, señor filósofo y señor marido, se resuelven con el corazon, no con la cabeza. Mucho es que no empezaste á revolver librotes, buscando en ellos la solucion del problema. Á maravilla tengo, que no estés ya escudriñando si entre los filósofos alemanes, ó entre los clásicos griegos, ó en la ininteligible maraña de tus obras matemáticas no hubo algun autor, que tratase concretamente el caso peregrino del futuro casamiento de la señorita doña Inés de Avendaño con don Eduardo de Almeida, duque de Almonte; y cuenta, que si por *a* más *b*, te demostrase alguno de tus predilectos sabios la inconveniencia del casamiento, por *a* más *b*, dejarías morir á la pobre hija de mi alma.

D. LOR. No te burles de mí, Ángela. Tú sabes que adoro á Inés.

ESCENA III.

D. LORENZO, ÁNGELA, D. TOMÁS, INÉS.

Esta última entra por la derecha, primer término, al pronunciar D. Lorenzo las últimas palabras, y se detiene al oir su nombre.

D. LOR. ¡Qué es por su vida! ¡Qué es por su felicidad! No: por secar una lágrima suya, diera yo todas las de mis ojos: por una hora de ventura para mi Inés, trocára yo contento en horas de martirio todas las que me restan de existencia. (Inés, sin que la vean todavía, tiende los brazos hácia su padre con expresion de cariño y agradecimiento y le manda un apasionado beso.) Vaya, no hablemos más del asunto. Iré hoy mismo á ver

á la Duquesa; rogaré, suplicaré, me humillaré sí es preciso, y cederá. ¿No ha de ceder? (Movimiento de alegría en Inés: Ángela se acerca y coge de la mano á su esposo con efusion.) No tengo títulos de nobleza, pero tengo un nombre, que si por el trabajo y el estudio no he podido hacer ilustre...

D. TOMÁS. Ilustre, sí, mi buen Lorenzo.

D. LOR. Ilustre no, pero sí respetable. Y tengo ademas muchos millones, que heredé de los mios y que cederé á Eduardo y á la Duquesa, para que doren de nuevo sus sorberbias coronas un tanto deterioradas por el tiempo. Conque ya lo sabes: (Á Ángela.) se casará Inés y será feliz, y su felicidad será la nuestra.

ÁNGELA. Y la tuya, la de todos nosotros, que viviremos mirándonos en tí. ¡En tí, Lorenzo mio, que cuando no te embrutece la ciencia, eres el más amante, el más bondadoso y el mejor de los hombres!

INÉS. ¡Ay, Dios mio! ¡Dios mio! (Desfalleciendo y apoyándose en la puerta para no caer.)

ÁNGELA. ¡Inés: hija mia! (Corriendo á sostenerla.)

D. LOR. ¡Inés, Inés!... ¿Qué tienes? (Lo mismo.)

D. TOMÁS. Vamos, niña, qué mimos son esos? (Acercándose á ella.)

INÉS. (Acercándose al sofá de la derecha y sentándose en él. Todos los demas la rodean con solicitud.) Nada, no es nada... es.. que quiero llorar... y tengo tanta alegría, que no puedo... Es que quiero reir... y siento que acuden lágrimas á mis ojos... ¡Es que te quiero mucho... mucho, padre mio! (Abrázandole y haciéndole mimos.) ¡Qué bueno eres!,.. ¡Qué bueno te hizo Dios!... Soy feliz... muy feliz. (Rompe á llorar en brazos de su madre.)

ÁNGELA. Así, hija mia: llora, desahógate. ¿Vés qué bueno es tu padre? Quiérele mucho.

INÉS. Con toda mi alma... Y ¿cuándo vas á ir? ¿Hoy mismo, verdad?

D. TOMÁS. ¡Ah, egoistilla! ¿Conque queremos mucho á papá

cuando hace lo que nos agrada? Y si no fuese á casa de la Duquesa ¿le querríamos tanto... tanto... tanto como ahora? (Burlándose de sus protestas de cariño.)

INÉS. Lo mismo.

D. TOMÁS. ¿Conque lo mismo? (En tono de duda.)

INÉS. De veras; pero estaría tan triste que no se me ocurriría decírselo. (Con cierta malicia.)

D. TOMÁS. Ya!

INÉS. Ántes, algo me oprimía el pecho y me apretaba la garganta. Ahora, sin esfuerzo alguno... así... espontáneamente, á la par que corren dulces lágrimas de felicidad, brotan palabras de cariño. Ántes... sólo hubiera podido decirle: ¡qué desdichada soy, padre mio!... Ahora ya no pienso en mí, pienso en él, y del corazon me sube á los labios este grito de amor: ¡cuánto te quiero! (De nuevo abraza á su padre.)

D. LOR. Inés, hija mia!

INÉS. Y á ti tambien, madre... á ti tambien. (Abrazando á su madre. D. Lorenzo y D. Tomás se separan del sofá en que quedan Ángela é Inés, y vienen al centro.)

D. TOMÁS. ¡Pobre filósofo! Mira, ninguna de las dos ha leido una sola página de todos esos libros, y saben más que tú. Te crees fuerte, y en tus manos eres cera blandísima: te crees sabio, y en sus brazos eres un inocente, por no decir que un tonto: te crees justo é incorruptible, y la voluntad de esas dos mujeres te llevaría á todas las injusticias y á todas las flaquezas.

D. LOR. No, Tomás, cuando la idea del bien me sostiene, mi voluntad es de hierro.

D. TOMÁS. No digo «lo veremos,» porque son dos ángeles; pero ¡ay si no lo fuesen! Déjame parodiar al gran poeta y decir en romance: «Tentacion, llevas nombre de mujer!»

D. LOR. «Palabras, palabras, y palabras!» había dicho ántes, sin duda en prevision de que tú le parodiases. (Con cierta exaltacion.)

D. TOMÁS. ¡Ya te subes el trípode!

INÉS. No incomode usted á papá.

D. LOR. No me incomodan, hija mia, las extravagancias de este doctor.

D. TOMÁS. Conque quedamo en que por cariño, por amistad, por amor, por esas que tú llamas atracciones misteriosas de un alma sobre otra alma se puede y se debe llegar...

D. LOR. Hasta el sacrificio, sí; jamás hasta la culpa.

D. TOMÁS. ¡Bonita máxima para un libro de moral!

D. LOR. Y áun mejor para una conciencia.

D. TOMÁS. Y ¿no habrá casos en que, para evitar males mayores, tenga que transigir esa catoniana conciencia con uno tan pequeño, tan pequeño, que no llegue á ser ni grano de arena?

D. LOR. Al echarlo sobre sí, bien pronto pesaría como montaña de granito.

D. TOMÁS. ¿Á la montaña te subes no bastándote el trípode?

INÉS. Vamos, don Tomás... Que no le diga usted esas cosas á papá.

D. TOMÁS. En resúmen: guerra á muerte al mal, bajo todas sus formas y disfraces. ¿No es cierto?

D. LOR. Tú lo has dicho.

D. TOMÁS. Pues aplicacion inmediata de su teoría. Y en verdad que lo había olvidado y es toda una novela. Escúchame atento: oigan ustedes.

D. LOR. ¿Qué es ello? (Ángela é Inés se acercan á D. Tomás.)

D. TOMÁS. Rogóme esta mañana una mujer que en su nombre te trajera...

D. LOR. ¿Qué?

D. TOMÁS. Un beso.

ÁNGELA. ¡Para él!

D. LOR. ¡Para mí!

D. TOMÁS. Sí, pero no se alarme usted. (Á Ángela.) Es el beso de una anciana, y en lágrimas viene empapado, es la última y dolorosa contriccion de unos labios moribun-

dos: es el postrer adios de un ser que dentro de breves horas no existirá.

D. Lor. No adivino...

D. Tomás. Ella... esa pobre mujer me hizo llamar esta mañana; subí á la bohardilla en que muere: me dijo su nombre, que á no decírmelo, jamás la hubiera conocido; y jurándome que fué inocente, rogóme, sin embargo, que intercediera contigo para que la perdonases.

D. Lor. Estás hablando un lenguaje del cual ni una sola palabra comprendo.

D. Tomás. ¿Recuerdas la muerte de tu madre?

D. Lor. ¡Qué pregunta, Tomás! No conocí á mi padre: murió cuando yo era muy niño; pero mi madre... ¡Ah, madre mia! (Conmovido.)

D. Tomás. ¿Recuerdas que al sentirse de improviso herida de muerte, quiso hablarte y no pudo, y que entónces, arrancándose convulsivamente del cuello un rico medallon del que jamás se desprendía, lo puso en tus manos fijando en tí con suprema angustia sus ojos velados ya por la eterna sombra?

D. Lor. Bien lo recuerdo. Sigue... sigue...

D. Tomás. ¿Recuerdas, por fin, que al morir tu madre y al perder tú el sentido, desapareció el medallon, y que fué acusada de robo?

D. Lor. ¡Ella!... ¿Es ella?... ¡Juana, mi nodriza!... ¡mi pobre Juana!

D. Tomás. Juana es la que á dos pasos de aquí agoniza en una miserable bohardilla: Juana, la que en el triste beso que te traigo, implora tu perdon.

D. Lor. ¡Juana!... ¡mi segunda madre!... ¡la que durante veinticinco años fué, para mí, madre verdadera! Pero ¿qué hablabas de perdon? ¿Qué de transigir con el mal? Ni perdonar es transigir, ni de mi perdon ha menester la pobre anciana. ¡Ella... ella ser capaz!... ¡Imposible!

D. TOMÁS. No tan imposible. Cuando la doncella que guardaba las joyas de tu madre dió parte al juez de la pérdida del magnífico medallon de brillantes, y se hicieron las primeras investigaciones, Juana negó tenerlo; y, sin embargo, averiguóse que ella lo había arrancado de tus manos al perder tú el sentido, y dos dias despues fué sorprendida al dejar el medallon tras unos jarrones de porcelana. Redújosela á prision, fué condenada, en cárcel infamante sufrió la pena de su delito, y sólo tus influencias y tus eficacísimas recomendaciones pudieron devolverle, ya que no la honra perdida, la libertad al ménos.

D. LOR. (Con exaltacion.) Y bien, yo digo que Juana acusada, que Juana en el banquillo del reo, que Juana en infamante reclusion, es inocente, y que la justicia humana se equivoca.

D. TOMÁS. Las apariencias...

D. LOR. Engañan no pocas veces.

D. TOMÁS. Y ¿cómo se explica?...

D. LOR. Alguna explicacion tendrá; algun misterio hay aquí que ignoramos.

D. TOMÁS. (Á Ángela.) Ya se lanzó á caza de misterios, y en busca de explicaciones sobrenaturales para un hecho que, á mi modo de ver, tiene sencilla y natural explicacion en la flaqueza humana.

D. LOR. Pues yo sé, que mi pobre nodriza era incapaz de accion tan baja. Yo la hubiera defendido, á no impedírmelo la enfermedad que sufrí á la muerte de mi madre; y cuando libre ya la pobre mujer, desapareció, lágrimas de verdadero dolor vertí por ella. Dios sabe si con afan la busqué por todas partes; Dios sabe si deseaba que viniese á mí... y ella... cruel... ¿por qué no vino? No, Juana, mi buena Juana, no morirás sin que yo te estreche en mis brazos, sin que te devuelva tu beso de despedida. (Con agitacion creciente. Toca un timbre, y aparece un criado de librea.)

¡Hola! ¡El coche!... ¡Al momento, al momento! ¡Voy á traerla á mi casa... ahora mismo!... ¿No es cierto, Ángela, que debo traerla? ¿No es cierto, Inés?

ÁNGELA. En todo caso es una obra de caridad.

D. LOR. ¡Es una justísima reparacion! (Sale un momento por la puerta de la izquierda.)

D. TOMÁS. ¡Es lo más bueno... pero lo más candido! Y creerá como artículo de fé todo lo que esa pobre anciana le cuente. Y él mismo le ayudará á inventar cualquier historia extravagante. ¡Ay, Ángela! tenemos que hacer un escrutinio en esa librería, como aquel *donoso y grande* que hicieron el cura y el barbero en la del ingenioso Hidalgo.

ÁNGELA. ¡Ah, si yo pudiera!

(Vuelve á entrar D. Lorenzo en traje de calle.)

D. LOR. Ea, en marcha: tú vienes conmigo para ayudarme á traerla. (Á Tomás.)

D. TOMÁS. Siempre estoy á tus órdenes.

D. LOR. Pero ¿crees que pueda venir?

D. TOMÁS. Muere la infeliz de consuncion, y lo mismo puede espirar ella en su bohardilla, que sobre los almohadones de tu coche, que al entrar en este para ella encantado palacio. Posible es, sin embargo, que la reanime la alegría y que gane algunas horas de existencia.

D. LOR. Pues vamos allá. Adios, Ángela; á dios Inés,

INÉS. Adios... Y luégo... verás... á la Duquesa?... (Con mimo.)

D. LOR. Sí, hija mia, irá más tarde. Tú puedes esperar, la pobre anciana no, ella es primero.

ÁNGELA. ¿Y casándose mi niña, usted me responde de que no corra ningun peligro? (Ap. á D. Tomás.)

D. TOMÁS. Los del matrimonio, señora, que no son pocos.

(Tomás y Ángela salen por el fondo hablando en voz baja. Detrás D. Lorenzo é Inés: ésta le despide en la puerta.)

ESCENA IV.

INÉS.

Vuelve al centro del escenario, alegre como una niña, batiendo palmas.

¡Hoy mismo hablará á la Duquesa! Me lo ha prometido, y él es muy formal; cumple siempre lo que promete. Pues claro, le hablará; ¡y mi padre habla tan bien! Vaya; como que es un sabio. La convencerá, de seguro. Pues si un hombre como él no supiera convencer á esa señora de que yo debo casarme con Eduardo ¿de qué le servía haber estudiado tanto? ¿Para qué tener tantos libros en francés, y en italiano, y en aleman, y hasta en griego? ¡Ciencia más inútil! Pero cá! de la Duquesa hará él lo que quiera. Ademas, dicen todos que ella es una santa. Pues no? Como que es la madre de Eduardo. Una santa: lo dicen todos. Pues si siendo santa no me deja casar con Eduardo, ¡buena santidad te dé Dios! ¿Para qué le sirve su santidad? Nada, nada, nos casaremos; digo que nos casaremos. (Breve pausa.) ¡Si parece mentira; si parece un sueño! No, Dios mio, si es un sueño que no despierte jamás! Pero no es sueño. Esto es el despacho de mi padre. Esos son sus librotes. (Acercándose á uno de los estantes.) Newton, Kant, Hegel, Humboldt, Shakespeare, Lagrange, Platon, Santo Tomás... Claro, si fuera un sueño no me acordaría yo de todos esos nombres. Ni ¿qué sé yo de tan ilustres señores? (Mirando por el balcon.) Cuando repito que no es un sueño: allá fuera la lluvia que cae, y cae, y cae... ¡Qué cosa tan alegre es la lluvia! ¡Parece que el aire se convierte en barritas de cristal! Y allí en el espejo me veo yo. (Se acerca al espejo con mimo y coquetería.) Yo soy, yo misma, bien me conozco. Yo: con mi cara ovalada,

que dice Eduardo que es ¡de un óvalo tan perfecto!... ¡Vea usted qué gusto tiene! Y con mis ojos pardos, que dice Eduardo ¡que son tan hermosos! ¡No, para mentir diciendo cosas agradables no hay otro como él. Verdad es que en este momento con la alegría y con el calor de la chimenea brillan mis ojos de un modo... Yo quisiera ser muy bonita: más bonita todavía... para él... para él... que no viene... ¡Cuánto tarda! Ahora que deseo yo que venga, no ha de venir... Ya verá usted cómo no viene. ¡Ah, los hombres, qué egoistas son y qué malos!

ESCENA V.

INÉS, EDUARDO.

INÉS. (Saliendo á su encuentro.) ¡Eduardo.., Eduardo!

EDUARDO. ¡Inés de mi vida!

INÉS. ¡Vaya una hora de venir!

EDUARDO. Siempre vengo á las dos. (Con tono sumiso.)

INÉS. Y son las tres.

EDUARDO. ¡Es posible! (Mirando el reloj.) No, vida mía, las dos ménos cuarto.

INÉS. Las tres. (Con autoridad.)

EDUARDO. (Enseñandole el reloj.) Las dos ménos cuarto. ¿Te convences? (Señalando al reloj de la chimenea.) Y en ese, la misma hora.

INÉS. (Ofendida.) Bueno, bueno: tú tienes razon. ¡Qué amante tan fino, que me regatea los minutos; que á toda hora le parece temprano para venir, y á toda hora tarde para separarse de su Inés; que sujeta los latidos de su corazon al volante de su cronómetro.

EDUARDO. (Suplicante.) ¡Inés!...

INÉS. Vete... Vete... Si no son las dos todavía... si faltan quince minutos... Te vas á la Carrera de San Jeró-

nimo; das un paseo mirando la gente; y á las dos *en punto* vuelves.

EDUARDO. Inés...

INÉS. ¡Si esa es la hora á que acostumbras á venir! ¡Pues no faltaba más! ¿Qué diría el Observatorio astronómico si adelantases?

EDUARDO. Por Dios, perdóname... he hecho mal.

INÉS. No: si quien ha obrado muy de ligero he sido yo. El deseo me adelantaba las horas... y tú para castigarme, vas, y ¿qué haces? ¡me pones delante de los ojos un cronómetro de Losada! (Haciendo con la mano el ademan brusco del que mete, como vulgarmente se dice, un objeto por los ojos.) ¡Qué galan tan poético!

EDUARDO. Confieso mi culpa, y me arrepiento, y te pido mil veces perdon.

INÉS. Ya. ¿Lo confiesas? Más vale así.

EDUARDO. Es que venía tan contento, tan contento, con tanta alegría en el alma, que ni supe lo que dije, ni áun ahora mismo sé lo que digo.

INÉS. Yo tambien fuí injusta al acusarte, Eduardo; pero estaba tan alegre, tan alegre... deseaba tanto que vinieses; que los instantes me parecían siglos.

EDUARDO. Has de saber, alma mia...

INÉS. (Sin escucharle.) Tengo que darte una gran noticia.

EDUARDO. (Lo mismo.) Que al fin somos dichosos.

INÉS. Ya lo creo: dichosos para toda la vida.

EDUARDO. ¡Si parece mentira!

INÉS. Porque mi padre ha prometido que hoy mismo, hoy mismo ¿lo comprendes?... ¡Pero si no me escuchas.

EDUARDO. (Sin atenderla.) Porque mi madre...

INÉS. ¡Tu madre! ¡Qué?...

EDUARDO. Vendrá dentro de media hora á tratar de nuestro casamiento.

INÉS. ¿Ella?... ¿La Duquesa?

EDUARDO. (Con solemnidad cómica.) La señora Duquesa de Almonte tendrá el honor de pedir á los señores de Avendaño

esta blanca mano (Cogiendo la mano de Inés.) para su hijo don Eduardo; aunque Eduardito ya se apoderó de ella, ya la apretó contra su corazon, y no sería fácil que la soltase aunque no se la dieran.

INÉS. ¿Ella... ella va á venir?... Bien decían todos. ¡Si esa mujer es una santa!

EDUARDO. Esa mujer es mi madre: me quiere con todo su corazon, y esta mañana me abracé á ella llorando, y llorando en mis brazos, cedió á mi ruego. En mucho tiene los gloriosos hechos de sus antepasados; religioso culto rinde al honor, y prefiriera mi muerte á mi enlace con quien en su nombre llevara la menor mancha; pero aprecia en lo que vale á don Lorenzo, sus glorias científicas, que glorias son tambien su...

INÉS. Bueno, bueno: basta ya de historias. De todo ello se deduce que vendrá hoy mismo, que nos casaremos muy pronto, y que seremos muy felices, ¿no es verdad? Pues esto es lo que importa: es decir, lo que á mí más me importa: no sé si tú...

EDUARDO. Ingrata ¿dudas de mí?

INÉS. No dudo: pero no es poca dicha que tu madre haya cedido, porque si no... Tú me quieres mucho, ya lo sé... pero tú... Á una madre se le debe respeto... y si ella te hubiera dicho que no, como buen hijo que eres ¿no es verdad, Eduardo? no le hubieras dado un disgusto; y con mucho dolor de tu alma hubieras dejado á esta pobre Inés que te ama...—¡No lo oigas, ingrato; que no lo oiga nadie!—que te ama tanto, que sin tí... ¡mira si es locuela!... se hubiera muerto de dolor.

EDUARDO. ¡Inés mía!

INÉS. Conque ya ves si debo estar agradecida á tu madre; porque no es á tí, es á ella, á quien debo mi felicidad.

EDUARDO. ¡Cruel! ¿Sabes tú lo que yo hubiera hecho ante los obstáculos, lo sabes tú?

INÉS. Sí: ceder, dejarme.
EDUARDO. Eso nunca; por nada, por nadie.
INÉS. Júramelo.
EDUARDO. ¡Te lo juro por lo más sagrado!
INÉS. ¡Cuánta dicha!
EDUARDO. ¡Qué felicidad!

ESCENA VI.

INÉS, EDUARDO, JUANA, D. LORENZO, D. TOMÁS.

Juana aparece en la puerta del fondo, sostenida por Lorenzo y Tomás, se ... un instante para tomar aliento y despues avanza. Viste traje de color oscuro y muy pobre.

EDUARDO. (Volviéndose.) ¡Qué grupo tan sombrío! ¿Por qué viene esa negra nube á empañar el azul de nuestro cielo?

INÉS. Es Juana: la nodriza de mi padre: ya verás qué novela: luégo te la contaré.

D. LOR. Despacio, despacio, Juana.

JUANA. ¿Quién es aquella señorita?

D. LOR. Inés, mi hija. Acércate Inés. (Inés se aproxima. Eduardo la sigue.)

JUANA. ¡Qué hermosa! ¡Un ángel me parece! Que al cerrar yo los ojos para siempre vea un ser como tú á mi lado, y será que estoy en el cielo.

D. LOR. Otro paso más.

D. TOMÁS. Un esfuerzo todavía: el último. (Llegan hasta el sofá, y en él sientan á Juana, quedando todos á su alrededor.)

JUANA. Quisiera darla un beso. (Señalando á Inés. Inés se acerca aún más: Juana la coge una mano y la trae á sí.) No... tu mano abrasa y mi aliento hiela... no he de besarte... fuera mi beso el beso de la muerte. (La separa dulcemente de sí, y la suelta la mano.) Con el pensamiento te besaré... con los labios no.

D. TOMÁS. (En voz baja á Inés y Eduardo.) Vámonos, la pobre mujer desea hablarle á solas.) (Á Juana.) Hasta luégo y y buen ánimo; acabaron ya las penas.

JUANA. Las de este mundo, sí.

INÉS. ¡Pobre mujer! (Deteniéndose un momento para mirarla.)

EDUARDO. Ven, Inés mia. (Salen Tomás, Inés y Eduardo por la derecha.)

ESCENA VII.

D. LORENZO, JUANA.

JUANA. ¿Se fueron ya? (Despues de una pausa.)

D. LOR. Sí, mi querida Juana; ya estamos solos.

JUANA. Al fin... al fin llegó este momento tan deseado. Todo llega... pero todo pasa. Oye, Lorenzo: la vida se va... se va muy aprisa, y ántes he de decirte muchas cosas. Lo primero, que soy inocente; que yo... no pensé... que yo... no quise... que yo... (Acongojándose.)

D. LOR. Lo sé, Juana, lo sé.

JUANA. No lo sabes. Todo está contra mí... todo.

D. LOR. Por Dios, no te agites: olvida, descansa.

JUANA. ¿Olvidar? Sí, pronto olvidaré. ¿Descansar? Me queda tanto tiempo para descansar, que hoy quiero vivir... aunque sufra, aunque llore... Quiero llevarme á la fosa lágrimas, y besos, y sollozos... para llenar aquel silencio y aquella soledad con algo que recuerde la vida. (Pausa.) Por eso quisiera decirte una cosa... Pero ¿cómo, sin prepararte? ¿cómo, sin que ántes de la revelacion venga la duda, y ántes de la duda la sospecha, y ántes de la sospecha, el presentimiento, y ántes del presentimiento ese no sé qué, sombra que proyecta en el alma algo que allá á lo léjos viene?... Tú no me comprendes: ni yo sé explicarme, aunque hace cuarenta años que es-

toy siempre con la misma idea: mira tú si yo debía explicar bien estas cosas.

D. LOR. Di lo que quieras, pero sin agitarte.

JUANA. Si; lo diré. ¿Cómo he de morir yo sin decírtelo? En primer lugar, para que te convenzas de que no fuí una miserable... la... dro... na... (Ocultándose el rostro.)

D. LOR. Calla, calla... No pronuncies esa palabra.

JUANA. Y ademas... porque abrirte mi carazon es el último consuelo que me resta. Perdóname, Lorenzo. ¡Los que van á morir son tan egoistas! Para tí será dolor horrible... lo que para mí ha de ser suprema dicha.

D. LOR. ¿Cómo puede ser, para mí, dolor lo que es dicha para tí, mi buena Juana?

JUANA. ¿Cómo puede ser?... Pues lo será; lo será, hijo mio... ¡Hijo mio!... Permíteme que dé este nombre. ¿No te enfadas, verdad?

D. LOR. ¡Por Dios, Juana!

JUANA. Bueno... Pues yo te llamaré hijo... y tú me llamas madre... Llámame madre. Alégrese el cielo ó regocíjese el infierno, has de llamarme madre.

D. LOR. ¡Madre mia!

JUANA. No... así no... no es de ese modo. ¡Cruel! (Arrojándose á Lorenzo para abrazarle, pero conteniéndose y cayendo en el sofá.)

D. LOR. ¡Pobre mujer! ¡Delira!

ESCENA VIII.

JUANA, D. LORENZO, INÉS.

Inés entra corriendo y muy contenta por el fondo y se acerca á su padre. Viene agitada y apenas articula las palabras.

INÉS. Padre... padre... La Duquesa... viene... viene... ¿no adivinas?

D. LOR. ¿Ella?

INÉS. Sí... Para tratar de aquello: Eduardo ha vencido.

D. LOR. ¡Qué felicidad! ¡Inés mia!... Al fin quiso Dios...

INÉS. ¿Estás contento?

D. LOR. ¿Y tú? (Abrazándola.)

INÉS. Yo... si tú lo estás... Conque vamos... vamos pronto.

JUANA. (Cogiéndose á Lorenzo.) No... no quiero que vayas, no has de dejarme.

D. LOR. Voy al instante. (Á Inés.)

INÉS. No tardes... Que no tardes... Si se ofende...

D. LOR. No temas: que la reciba Ángela allá en el salon... con toda solemnidad. Llevaré á Juana á su cuarto y saldré en seguida. (Sale Inés por el fondo.)

ESCENA IX.

JUANA, D. LORENZO.

D. LOR. (Queriendo llevarla, pero ella se resiste.) Vamos, Juana; ven á descansar; luégo hablaremos cuanto quieras.

JUANA. Luégo no. ¿Y si muriese ántes?

D. LOR. No pienses tal cosa. (Con impaciencia.)

JUANA. Veinte años há que no te veo, y ahora no me dejan estar contigo ni un solo instante. ¡Son muy crueles!

D. LOR. Despues, mi buena Juana. (Queriendo levantarla.)

JUANA. Y ¿tú tambien quieres irte?... ¡Tú tambien! ¡Ah! yo haré que te quedes conmigo.

D. LOR. ¡Juana!

JUANA. Oye... esto no más; despues vete, si quieres: yo, yo misma cogí el medallon.

D. LOR. ¿Tú?

JUANA. Sí.

D. LOR. ¿Para qué?

JUANA. Para que tú no lo vieras.

D. LOR. Y ¿por qué?

JUANA. Porque dentro había un papel, y en ese papel escritas por tu madre unas palabras, y esas palabras no quería yo que tú las leyeses.

D. LOR. Y ¿qué palabras eran?

JUANA. Estas: de memoria las sé: «Lorenzo, hijo mio; en el relicario que está á la cabecera de mi cama hay oculto, y en sobre cerrado, un pliego. Cuando yo muera ábrelo, lee lo que en él, durante una noche de remordimiento, escribí: perdóname y que Dios te inspire.»

D. LOR. «¡Perdóname y que Dios te inspire!» ¿decía? (Con extrañeza.)

JUANA. Sí.

D. LOR. Y ademas, he oido no sé qué de remordimiento (Con creciente curiosidad.)

JUANA. Remordimiento era la palabra. Ahora vete si quieres.

D. LOR. (Pensativo.) No. (Pausa.) ¿Y ese pliego?

JUANA. Que tu madre lo había escrito, no era un misterio para mí; dónde estaba oculto, hé ahí lo que ignoraba. Que algo encerró en el medallon, bien me lo dijo mi tenaz vigilancia; y lo que el papel contenía bien lo adivinaron mis recelos. Por eso cogí el medallon. Era mi legítima presa: me había costado aquel secreto veinte años de lágrimas y de dolores que ni más amargas ni más intolerables se conciben.

D. LOR. ¡Perdon... remordimiento... un secreto... mi madre!... No adivino lo que quieres decir... Sombras confusas pasan por mi mente... y así como relámpagos de angustia por mi corazon. Tú deliras y me haces delirar.

JUANA. No.

D. LOR. Pero aquel pliego oculto en el relicario...

JUANA. Fué mio, y tú no lo viste, porque no debías verlo. Como tu madre iba á morir, á ella ¿qué le importa-

ba? Bien te lo dije: nada hay más egoista que la muerte.

D. LOR. ¿Pero ese pliego?..

JUANA. Yo lo tengo.

D. LOR. ¿Aquí?

JUANA. Aquí: (Llevando la mano al pecho.) aquí: mira, es una hoja no más de papel, y sin embargo, ¡me pesa tanto sobre el corazon!

D. LOR. Pues he de verlo.

ESCENA X.

JUANA, D. LORENZO, D. TOMÁS, por el foro.

D. TOMÁS. ¡Lorenzo... Lorenzo!...

D. LOR. ¿Qué? (En tono brusco é impaciente.) ¿Qué quieres?

D. TOMÁS. Ha llegado la Duquesa.

D. LOR. Sea en buen hora.

D. TOMÁS. (Ap.) ¡Qué tono! (En voz alta.) Ven á recibirla.

D. LOR. Ya iré.

JUANA. ¡No me dejes, por Dios! ¡Por la salvacion de tu alma! (En voz baja.) Si supieras...

D. TOMÁS. ¿Vienes?

D. LOR. Sí... pero... pero no me hostigues... Digo que iré.

JUANA. No te vayas... y te lo diré todo... todo. Te daré ese pliego... el que escribió tu madre hace veinte años... es su letra... es su firma... tú verás... pero no me dejes.

D. TOMÁS. (Cada vez más impaciente.) ¡Vamos, Lorenzo!

D. LOR. Ya he dicho que iré... iré luego... Yo sé cuándo debo ir. Ahora vete. (Aparte á Juana.) Dame el pliego.

JUANA. Cuando se marche ese hombre. (Aparte á Lorenzo.)

D. LOR. ¡Vete. (Con Violencia.)

D. TOMÁS. Pero la Duquesa...

D. LOR. Que espere. ¿No hace ella esperar á nadie en sus antesalas? Pues mejores que las suyas son las mias.

D. TOMÁS. ¿Estás en tu juicio?

D. LOR. En el mio, sí; en el tuyo, no, que mal estuviera. Vete pronto.

D. TOMÁS. ¿Qué tienes, Lorenzo? (Acercándose á él con interés.)

D. LOR. Nada, nada... cansancio de oirte... ¡Déjame por Dios santo!

D. TOMÁS. Bueno... bueno... pero, Señor, ¿qué le pasa á este hombre?

ESCENA XI.

D. LORENZO, JUANA.

D. LOR. ¡Ya estamos solos!

JUANA. ¡Lorenzo!

D. LOR. ¡Qué! ¡Dudas! ¡Mira que te dejo!... ¡Prometiste darme ese papel! La ventura de mi hija me espera allí; y, sin embargo una mano de hierro, la férrea mano de la implacable fatalidad, me tiene á tu lado. Considera, Juana, si estoy decidido á averiguar este secreto.

JUANA. ¡Lorenzo!

D. LOR. ¡El papel!... ¡Pues para mí lo escribió mi madre, es mio!

JUANA. No te incomodes conmigo, Lorenzo de mi alma. Aquí está... Este es .. (Sacándolo del pecho.)

D. LOR. Venga... (Queriendo cogerlo.)

JUANA. Espera... espera... yo misma he de leerlo... Leeré más despacio que tú... y de este modo... lo que aquí dice no se te entrará de un golpe por los ojos...

D. LOR. Pues lee. ¡Veamos!

JUANA. Sí, Loronzo mio, pero no mires; oye no más. (Colocándose de modo que Lorenzo no vea lo escrito en el papel.) «Lorenzo, hijo mio, perdóname.» (Leyendo.)

D. LOR. ¡Otra vez!

JUANA. (Sigue leyendo.) «Conozco que se acerca el fin de mi

»vida, y los remordimientos han hecho presa en »mí.» (Pausa.)

D. LOR. ¡Sigue!

JUANA. «Quisiera decirte la verdad, y te amo demasiado »para decírtela. Lee en estos renglones, que man- »cho con mis lágrimas, el secreto de tu existencia, »y hágase despues tu voluntad.»

D. LOR. ¡El secreto de mi existencia! ¡Dáme! (Queriendo coger el papel.)

JUANA. No.

D. LOR. ¿Qué pesadilla es esta, Juana? ¿Qué círculo de hierro has puesto sobre mi frente que con intolerable presion me oprime las sienes?... Dame...

JUANA. ¡No, por Dios!

D. LOR. ¡Ha de ser! (Cogiendo el papel y leyendo con horrible angustia.) «Tu padre era rico, muy rico; por millones, »por muchos millones se contaba su caudal; yo era »muy pobre; no tuvimos hijos.» ¡No tuvimos hijos, dice!

ESCENA XII.

D. LORENZO, JUANA, ÁNGELA; despues EDUARDO.

ÁNGELA. (Entrando precipitadamente.) ¡La Duquesa!...

D. LOR. (Dá un grito de ira. Juana le arranca el papel y lo oculta.) ¡Otra vez! ¡Vete!... ¿Á qué vienes?

ÁNGELA. Lorenzo... Lorenzo...

EDUARDO. (Entrando precipitadamente.) ¡Don Lorenzo!

D. LOR. ¿Tú tambien? ¡Idos!... ¡Idos todos!

ÁNGELA. ¿Qué es esto, Dios mio? ¿Qué es esto? ¿Qué tienes, Lorenzo? Vuelve en tí.

D. LOR. Idos... Idos... os lo suplico... si es preciso de rodillas... pero dejadme... ¡Ah! ¡el egoismo humano!... Piensan que no hay más que sus pasiones y sus

intereses!... ¡Tómás!... ¡Ángela!... ¡Eduardo!... La Duquesa!... ¡Todos! ¡Ah! ¡la gota de agua sobre el cráneo!

EDUARDO. Es que mi madre viene...

ÁNGELA. Es que la Duquesa, impaciente de esperar, viene aquí...

EDUARDO. Dice que quiere buscar al sabio en su antro.

D. LOR. ¡Pues que venga, pero vosotros dejadme! ¡Dejadme... ó me volveré loco de desesperacion!

ÁNGELA. No, imposible: su madre de usté no puede verle en tal estado. (Á Eduardo.)

EDUARDO. Venga usted, Ángela; venga usted. Ganemos tiempo, detengámosla en la galería, y á ver si entre tanto logra Inés calmarle. (Salen Ángela y Eduardo por el foro.)

ESCENA XIII.

D. LORENZO, JUANA.

D. LOR. ¡El papel!... ¡Ese papel funesto, dónde está?... Tú lo tienes.

JUANA. Sí. (Sacando el papel.)

D. LOR. Pues dámelo... ¡No tuvimos hijos, decía! (Procurando leer, pero sin conseguirlo.) ¿Dónde está?... ¡No sé! ¡No veo las letras! ¡Una nube me pasa por delante de los ojos! ¡No tuvimos hijos! ¡No puedo!... ¡No puedo!... Lee tú... por favor... (Juana toma el papel.) Ahí... ahí... donde dice «No tuvimos hijos!»

JUANA. (Leyendo.) «Sabía mi esposo que una enfermedad in»curable minaba rápidamente su existencia. El in»feliz llevaba la muerte en el corazon. Loco de »amor, quiso asegurarme toda su fortuna, y yo... »hice mal, ahora lo conozco, hice mal porque él te-

»nía padre, pero yo... perdóname, Lorenzo, tú que »eres tan bueno y tan honrado: yo acepté.» (Pausa.)

D. LOR. Sigue... Sigue...

JUANA. «Buscamos un niño... no puedo, no puedo escribir »más. Juana conoce este secreto. Juana te lo dirá »todo. Una vez más te ruego que me perdones. »Adios. Lorenzo mio, y que él te inspire. Te he queri- »do como á hijo, aunque no lo has sido nuestro.»

D. LOR. ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo no era!... ¿Qué dice?... ¡Yo no era su hijo! ¡Yo llevo un nombre que no es mio! ¡Cuarenta años há que gozo bienes ajenos! ¡Yo lo he robado todo!... ¡Posicion social, apellido, riquezas! ¡Todo! ¡todo!... ¡Hasta las caricias de mi madre, porque no era mi madre!... ¡Hasta sus besos, porque yo no era su hijo!... ¡No! ¡Esto no es posible!... ¡Yo no soy tan miserable!... ¡Juana... Juana... por Dios vivo que me digas la verdad! Mira; ya no es por mí: sea de mí lo que Dios quiera: es por mi familia... por esas desdichadas mujeres... es por mi hija... por mi Inés de mi vida... que se morirá... ¡y yo no quiero que se muera! (Llorando con desesperacion.)

JUANA. Es verdad, sí; pero, calla... ¿Qué importa, si nadie lo sabe?

D. LOR. Pero ¿es verdad?

JUANA. Lo es. (En voz muy baja.)

D. LOR. ¡Pues parece mentira! ¡Aquella mujer que tanto me amaba no era mi madre?

JUANA. —No. ¡Tu madre te amaba más!

D. LOR. Pues ¿quién era?

JUANA. ¡Lorenzo!

D. LOR. ¡Cómo se llama!

JUANA. Mírame sin colera y te lo diré.

D. LOR. ¿Dónde está?

JUANA. ¡Luchando con las torturas de un infierno!

D. LOR. ¿Murió tambien?

JUANA. ¡Muriendo está! (En la última parte de este diálogo,

Juana se levanta, y ella y Lorenzo forman un grupo agitado, ardiente, delirante. Al pronunciar ella la última frase, cae de nuevo y sin fuerzas en el sofá.)

D. LOR. ¡Juana!

JUANA. (Retorciéndose de angustia.) ¡No, ese nombre no!

D. LOR. ¡Madre!

JUANA. ¡Sí... ese nombre, sí; hijo mio! (Se levantan de nuevo por arranque supremo, y se abraza á Lorenzo.)

ESCENA XVI.

D. LORENZO, JUANA, D. TOMÁS.

D. TOMÁS. Ya está ahí... ya llega...

JUANA. (Desprendiéndose de los brazos de Lorenzo.) Déjame... vienen... vienen... que no me vean...

D. LOR. ¡No... espera... yo no sé qué voy á decirte... pero tengo que decirte muchas cosas!...

JUANA. Luégo... Adios... ¡Ya puedo morir! ¡Le llamé hijo! (Juana se dirige lentamente á la puerta de la derecha. Lorenzo la sigue: Tomás en observacion en el fondo.)

D. LOR. No, todavía, no... (Juana desaparece tras los cortinajes. Lorenzo quiere entrar. Tomás acude desde el fondo y le detiene á la fuerza, cerrándole el paso y obligándole á retroceder. La actitud de Lorenzo en esta escena y en la siguiente queda encomendada al talento y á la inspiracion del actor.)

ESCENA XV.

D. LORENZO, ÁNGELA, INÉS, DUQUESA, EDUARDO, D. TOMÁS.

nuevos personajes vienen por el foro.

DUQUESA. El señor de Avendaño? (Con exquisita cortesía. Pausa.)

D. LOR. ¡Avendaño! ¡Avendaño!... No sé dónde está, señora. (Con voz triste y sombría, y con cierta distraccion.)

ÁNGELA. ¿Qué dice? (Aparte.)

INÉS. Pero ¿qué es esto, Dios mio?

DUQUESA. Comprendo, señor Avendaño, el disgusto que mi presencia le causa... Vengo á arrebatarle la prenda más querida de su alma, (Señalando á Inés.) y no extraño en verdad que me trate usted como á enemiga. (Con dulzura.)

D. LOR. ¡Enemiga mia es la suerte, nadie más!

INÉS. Pero ¿qué es esto? ¡Dios mio! (Aparte.)

DUQUESA. Tiene usted razon: encarnizada enemiga es de los padres.

D. LOR. ¡Y más aún de los hijos!

DUQUESA. No lo niego; pero en fin, leyes divinas son estas que gobiernan los dolores humanos, y fuerza es respetarlas. (Procurando dar otro giro á la conversacion, pero sin conseguir dominar su extrañeza.)

D. LOR. ¡Ay, señora, que esas leyes divinas son más crueles á veces que si fueran obra de la crueldad humana! (La Duquesa hace un vivo movimiento de impaciencia. Eduardo se acerca á ella; Inés á su padre; Ángela y Tomás observan con asombro.)

INÉS. (Ap. á Lorenzo.) ¡Por Dios, padre!

EDUARDO. (Ap. á la Duquesa.) ¡Madre, madre, por mí!

DUQUESA. (Con altivez y entonacion un poco seca.) Soy madre, adoro á mi hijo, sé que su felicidad es imposible si no la comparte con esta señorita, y á perder un hijo prefiero tener dos.

INÉS. ¡Ves qué buena, padre mio! (Ap. á D. Lorenzo.)

D. LOR. ¡Perder un hijo es horrible desdicha!

DUQUESA. ¿Quiere usted dar al mio el nombre de hijo tambien? (Con dulzura y adelantándose hasta D. Lorenzo.)

INÉS. (Con angustia y en voz baja.) Contesta, padre.

D. LOR. (Se queda mirando á su hija, le coge la cabeza entre las manos y de nuevo la contempla con pasion.) ¡Qué hermo-

sa eres! ¡Imposible parece que tú no puedas más que la ley del honor!

DUQUESA. (Sin poder ya dominarse.) En suma, señor de Avendaño: ¿quiere usted que mi hijo, el Duque de Almonte, dé su nombre á la señorita Inés?

D. LOR. (Con sublime violencia.) ¡Si yo fuera un infame, buena ocasion de dar nombre ajeno á quien no lo tiene propio?

INÉS. ¡Padre!

D. TOMÁS. ÁNGELA. } ¡Lorenzo!

DUQUESA. He de confesar lealmente, que ni comprendo sus contestaciones de usted, ni su actitud, que es muy otra de lo que yo esperaba; y me limito á preguntarle por última vez: ¿acepta usted?

D. LOR. Yo soy un hombre honrado: la desgracia podrá vencerme, no mancharme. Señora Duquesa de Almonte, ese matrimonio es imposible.

DUQUESA. ¡Ah! (Sintiéndose herida y retrocediendo un paso.)

INÉS. ¿Qué dices?... ¡Padre!... ¡Imposible!

D. LOR. ¡Imposible, sí!... Porque no soy Avendaño; porque mis padres no eran mis padres; porque esta casa no es mi casa; porque no puedo darte, hija de mi alma, más que un nombre escarnecido y manchado; porque soy el mas infeliz de los hombres, y no quiero ser el más miserable!

INÉS. ¡Padre, padre!... ¿Por qué me matas? (Cae en el sillon.)

ÁNGELA. ¿Qué has hecho, insensato?

D. LOR. ¡Inés!... ¡Inés!... ¡Venciste, Dios mio, pero ten compasion de mí!

(Todos rodean á Inés.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior. Es de noche. La chimenea está encendida: una vela con pantalla sobre la mesa de despacho.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO.

Aparece escuchando á la puerta de la derecha; despues viene al centro.

Nada se oye. ¿Habrá vuelto en sí? ¡Oh, Dios mio, y en esta vida, qué cerca de la vida está la muerte! (Pausa.) ¡Y piensan que he de renunciar á mi adorada Inés! ¡Suponen que yo he de dar crédito á esa ridícula historia que D. Lorenzo refiere! ¡Pobre sabio! ¿qué sabe él lo que se dice? (Breve pausa.) Y áun siendo cierto lo que afirma ¿dejaría de ser Inés la más hermosa y la más amante de las mujeres? Será mia, aunque tenga que arrastrarme á los piés de mi madre y regarlos de lágrimas: cederá D. Lorenzo, aunque tengamos que ponerle una mordaza y una camisa de fuerza: y esa pobre mendiga, que con sus delirios contagió al desatentado filósofo, se irá de aquí, se irá léjos, muy léjos de nosotros. ¡Con tal que Inés

resista el golpe que recibió de su padre! (*Acercándose otra vez á la puerta y escuchando.*) Nada... nada... silencio; siempre el mismo silencio. (*Volviendo al centro del escenario.*) Su padre... ¡Ah, su padre! Dios me perdone, pero casi le aborrezco. (*Exaltándose por grados.*) ¡Insensato, y cómo se complacía en torturarla! ¡Su padre, sabio sin seso, ateo con pujos de santidad, nuevo Don Quijote con el ingenio de ménos y la pedantería de más, falso caballero Bayardo de la honradez! ¿Qué padre es ese que desgarrando el corazon de una hija pretende ganar reputacion de virtud! ¡Fuera la virtud así, y me pareciera más simpático el crímen! Nadie viene... y pasan las horas... Alguien se acerca.

ESCENA II.

EDUARDO, DUQUESA, *por la derecha.*

EDUARDO. ¡Madre mia!... ¿Inés, cómo está?... ¿Ha vuelto Inés en sí?

DUQUESA. Al fin, á Dios gracias. ¡Pobre niña! No he querido marcharme hasta que pasára el peligro; pero ya está bien. Y ahora, hijo mio...

EDUARDO. Ahora he de verla.

DUQUESA. ¡Eduardo!

EDUARDO. Y despues hemos de hablar á don Lorenzo; y despues...

DUQUESA. Y despues has de concluir con mi paciencia. He hecho por tí cuanto el decoro, la dignidad y los respetos sociales me han permitido, y algo más; pero ha llegado el instante de que te muestres hombre, de que recuerdes quién eres, y de que escuches la voz del deber.

EDUARDO. Bien dices: haré lo que hacer deba; pero no sé, y perdóname, madre mia, si entendemos el deber del mismo modo.

DUQUESA. Debes renunciar á Inés para siempre.

EDUARDO. ¿Por qué? ¿Porque es pobre?

DUQUESA. No es eso.

EDUARDO. Entónces ¿por qué, madre mia? ¿Porque don Lorenzo intenta tan sublime accion, que si la realiza, ha de eternizarse su nombre en libros y en historias, y hasta quién sabe si alcanzará puesto en el calendario?

DUQUESA. Buen humor gastas y no es esta mala señal.

EDUARDO. Quiero probarte que conservo toda mi sangre fria. Y por lo demas, á don Lorenzo hay que tomarlo en broma, ó hay que encerrarlo en una casa de Orates.

DUQUESA. No digas esas cosas, Eduardo: no me gusta que hables de ese modo. Aunque hay algo de exagerado, no poca precipitacion, y cierto alarde melodramático en los proyectos de don Lorenzo, no puede desconocerse, que su conducta es la de un hombre de bien.

EDUARDO. ¿Por qué se goza en la desventura de su hija?

DUQUESA. Porque cumple leyes divinas sin respeto á pasiones humanas.

EDUARDO. Pues si tan honrado es don Lorenzo, y el brillo de acciones nobles se hereda, rico en nobleza heredada viene á ser el ángel de mi vida.

DUQUESA. Y rico en heredada deshonra tambien. (En voz baja con energía y acercándose á su hijo.) Inés no tiene un nombre bueno ó malo que llevar, porque se ignora cuál es el de su padre, y el de esa mujer está en los infames registros de una casa de correccion por delito de robo.

EDUARDO. ¡Calla!

DUQUESA. Ser nieta de una humilde nodriza, cómplice de usurpacion de estado civil, es el bello ideal de esa pobre niña, si lo que don Lorenzo afirma es cierto. Será tal vez exceso de orgullo aristocrático rehusar tan noble alianza, pero así me han hecho las que tú, educado á la moderna, consideras rancias preocu-

paciones.

EDUARDO. Pues bien, madre, yo amo á Inés.

DUQUESA. Loco estás, hijo mio.

EDUARDO. Locura dicen que es el amor; conque no es maravilla que lo esté.

DUQUESA. Sí, lo estás, y á mí misma me haces perder el juicio.

EDUARDO. ¿Prefieres perderme á mí?

DUQUESA. Basta, Eduardo; salgamos de esta casa, donde en mal hora entraste por vez primera.

EDUARDO. Pero dime; ¿no es Inés un ángel?

DUQUESA. Ángel del cielo me pareció la pobre niña al llegar: ángel de dolor, al dejarla.

EDUARDO. ¿No confiesan todos que don Lorenzo es un sabio, y no dices tú que es un santo?

DUQUESA. Injusticia fuera negarle clarísimo talento y honradez intachable.

EDUARDO. ¿Luego no está el mal en ellos?

DUQUESA. No lo está.

EDUARDO. Pues el escándalo ¿no puede evitarse? (*Acercándose á su madre, y en voz baja.*) ¿Quién conoce esa desdichada historia, verdadera ó falsa, que más falsa que verdadera me parece? Nosotros, y callaremos. Don Tomás, y es como de la familia. Esa infeliz mujer, y en breves horas un eterno silencío sellará sus labios. Don Lorenzo, y al fin es padre y hará por su hija lo que tú no quieres hacer por mí. ¡Oh, madre mia, á qué buscar la desesperacion y la muerte cuando está la dicha en nuestras manos?

DUQUESA. Pero lo ves, desdichado? ¿Ves cómo el contacto del crímen pervierte los más nobles caractéres? ¿No conoces que me propones una infamia, que me quieres hacer cómplice de una felonía? Dios mio, ¿qué han hecho de mi hijo, que tales cosas dice y tales ideas acaricia?

EDUARDO. Pero ¿quién habla de infamias, ni quién propone felonías? ¿Es que don Lorenzo nos hace á todos per-

der la razon, ó es que te deleita mi martirio?

DUQUESA. Pero ¿no hablabas de evitar el escándalo con el silencio?

EDUARDO. Sí.

DUQUESA. ¿Pues entónces?...

EDUARDO. Escucha, madre, lo que yo dije ó lo que quería decir. Si la historia de don Lorenzo es cierta, que lo dudo, se busca con sigilo y con cautela á los legítimos herederos de esa maldecida fortuna, y de ella se les hace donacion en cualquier forma.

DUQUESA. Pero ¿con qué pretexto?

EDUARDO. Para pedir no fuera fácil encontrarlo; para dar, no temas que nos falten, y todos han de parecer igualmente buenos al que reciba.

DUQUESA. Pero Inés llevará un nombre que no le pertenece.

EDUARDO. Llevará el mio, que vale por todos.

DUQUESA. ¡Ah, en eso tienes razon! Pero don Lorenzo...

EDUARDO. Déjale en paz, que harto tiene que hacer con sus filosofías. Pensemos en nosotros, y piensa que todo, todo puede arreglarse, si tú consientes. Una palabra tuya da la vida á la pobre Inés; nueva vida me dá, que con tu crueldad me arrancabas la que me diste con tu amor; devuelve la dicha á esta infeliz familia; y sin escándalo, ni ostentacion, ni aparatoso alarde pasan á sus legítimos dueños las usurpadas riquezas. ¿Dónde están aquí la infamia y la felonía?

DUQUESA. Me fascinas, Eduardo: no sé qué decirte; pero una voz interior me advierte que esto no es lo justo ni lo recto; que la ficcion nunca es preferible á la verdad; que en don Lorenzo, á pesar de sus delirios, triunfa el deber; que en tí, á pesar de sus argucias, la pasion triunfa.

EDUARDO. Pero ¿por qué? Contéstame,

DUQUESA. No sé discutir contigo, Eduardo..

EDUARDO. Lo que no sabes es quererme.

DUQUESA. ¡Que no te quiero! ¡Cruel! ¡No lo crees tú al decir-

lo, pero el corazon se me oprime al escucharlo?

EDUARDO. Pues cede.

DUQUESA. ¡Hijo mio, por Dios!

EDUARDO. Vas á ceder, bien lo veo: tu frente está pálida: en tus ojos hay lágrimas: tiemblan tus labios. (Con voz cariñosa.) Es que ya se agitan para decirme que sí; y ¿por qué no! En lo que yo he pensado ¿hay alguna cosa que no armonice por manera absoluta con ese ideal de perfeccion moral que tú y don Lorenzo acariciais? ¿Hay en mi plan algo malo?

DUQUESA. Sí, Eduardo.

EDUARDO. ¡Será tan poco! ¡Un átomo, una sombra un escrúpulo! Y ¿no merezco yo la pena de un pecadillo venial? Busca en el pueblo, á quien á veces tratas con harto desden, y del que te separa como abismo profundo tu aristocrática educacion, busca una madre y pregúntale si por la vida de su hijo no ahogaría en un grito de amor todos esos refinamientos de conciencia.

DUQUESA. ¡Es que lo que otra madre haga soy yo capaz de hacerlo! (Con apasionado arranque.)

EDUARDO. (Abrazándola.) ¡Gracias, gracias, madre mia!

DUQUESA. Pero...

EDUARDO. Lo has dicho, lo has dicho. (Sin dejarla hablar.) Y ademas tal vez nada de esto sea necesario. ¿Quién nos asegura que la historia de don Lorenzo es cierta? ¿Qué pruebas materiales hay? Ninguna, que sepamos. El dicho de una mujer que agoniza y delira. ¿Y esto basta?

DUQUESA. No, en verdad.

EDUARDO. Pues ni áun eso tenemos, porque todavía don Tomás no ha podido interrogar á Juana. ¿Sabemos si ella lo dijo, ó si don Lorenzo lo soñó? ¡Ah, la cabeza de don Lorenzo no está segura!

DUQUESA. No lo está, no.

EDUARDO. ¡Qué exaltacion, qué extravío!

DUQUESA. Yo pensé que se había vuelto loco.

EDUARDO. Y lo estará. Estos sabios concluyen por locos todos ellos. El mismo don Tomás reconoce, la misma Ángela confiesa, que don Lorenzo no discurre como otros hombres.

ESCENA III.

LA DUQUESA, EDUARDO, ÁNGELA por la derecha.

ÁNGELA. Por Dios, señora, no nos deje usted todavía. Inés quiere verla: la llama á usted anegada en llanto: usted es su único consuelo.

DUQUESA. ¡Pobre niña!

ÁNGELA. Dejó el lecho sin que pudiéramos evitarlo, porque su agitacion nerviosa es tal que infunde miedo, y quiso venir á buscar á usted, pero le faltaron las fuerzas. Vaya usted, por Dios, Duquesa, á consolar á mi hija: á usted que es madre cariñosa, otra madre muy desgraciada se lo ruega.

DUQUESA. Y le vas á decir que todavía hay esperanza, que todo depende de don Lorenzo, ¿no es verdad?

ÁNGELA. ¡Cómo! ¿Será cierto? ¡Ah, señora! (Se acerca á la Duquesa y le coge las manos con efusion.)

EDUARDO. Sí, yo le explicaré á usted... (Á Ángela.) Conviene que hable usted al alma á su esposo.

DUQUESA. Pero... (Eduardo sin atender á su madre se separa á un lado con Ángela, y los dos hablan en voz baja.) (Ap.) (¡Este Eduardo, este hijo mio hace de mí cuanto quiere! ¿Qué le digo yo á la buena señora, si él asegura que ya estoy conforme?... ¡Ah, qué cabeza!... Y la niña es hermosa como un ángel y simpática como ninguna. ¡Pobre Inés! Y don Lorenzo posee... ó poseía una fortuna régia!... ¡Ah, grandezas y vanidades humanas!)

ÁNGELA. Comprendo... Comprendo. (Á Eduardo. Despues se vuelve á la Duquesa.) ¡Cómo le agradezco á usted tanta

bondad! Lleve usted pronto la buena nueva á mi pobre Inés: yo entre tanto procuraré que Lorenzo consienta, y consentirá. Sí: es preciso. Ó no tiene corazon, ó ha de consentir.

EDUARDO. Vamos, madre.

DUQUESA. (¡Cómo ha de ser!)

EDUARDO. ¡Qué buena eres! (Salen por la derecha la Duquesa y Eduardo.)

ESCENA IV.

ÁNGELA, D. LORENZO, éste último por la izquierda.

D. LOR. Ahí mi madre que espira... y allá aquel pedazo de mi alma... ¿Qué hacer, Dios mio? (Se dirige lentamente á la puerta de la derecha, pero en el momento de entrar, Ángela le cierra el paso.)

ÁNGELA. ¿Á donde vas, Lorenzo?

D. LOR. Á ver á mi hija.

ÁNGELA. Imposible... Ya volvió en sí, y tu presencia pudiera causarle mucho mal; tanto, por lo ménos, como el que tus palabras le causaron.

D. LOR. Es que yo quiero verla.

ÁNGELA. Es que no debes verla; y ya que en tí el deber siempre impera, no por mi voluntad, que nada es ante la tuya, por tu propia y reflexiva voluntad (Con ironía.) respetarás el solitario llanto de la pobre Inés.

D. LOR. Tienes razon. (Pausa. Vienen los dos al centro del escenario) ¡Hija de mi alma! ¿Qué dice de mí?

ÁNGELA. Nada.

D. LOR. ¿No me acusa?

ÁNGELA. No sé lo que en el fondo de su alma murmurará el dolor.

D. LOR. ¡Ser yo su verdugo! ¡Yo destruir todas sus esperanzas! ¡Haber desgarrado yo su corazon!

ÁNGELA. Conciencia perfecta tienes de tu obra, Lorenzo. Ménos malo, si á la reparacion te ayuda el remordimiento.

D. LOR. ¡Desdichado de mí!

ÁNGELA. ¡Tú, desdichado! La desdichada es ella, no tú, que en la contemplacion de tus perfecciones morales y altas virtudes encontrarás de seguro goces inefables y divinos consuelos. (Con ironía.)

D. LOR. ¡Qué mal me juzgas, y qué mal me comprendes!

ÁNGELA. ¡Juzgarte mal, y admiro humildemente los frutos de tu santidad! ¡No comprenderte! En esto sí que dices bien; que séres superiores como tú, no están al alcance de pobres inteligencias como la mia. (Con sarcasmo.)

D. LOR. Tus palabras, Ángela, se me clavan como agudos puñales en el corazon.

ÁNGELA. ¿En el corazon? ¡Imposible!

D. LOR. Pero ¿qué querías que hiciese? Habla, aconseja, resuelve, da luz á mi espíritu que en tinieblas se agita.

ÁNGELA. ¿Qué quería que hicieses? Lo que ahora quiero. Que salves la vida de tu hija. Que no pongas más obstáculos á su boda. Que no irrites el orgullo de la Duquesa con brutales é inútiles revelaciones. Que no hagas imposible con un nuevo escándalo el remedio del daño que causaste.

D. LOR. En puridad, tú quieres que calle.

ÁNGELA. Sí, que calles.

D. LOR. Pero eso seria infame.

ÁNGELA. No lo sé: siento; no discuto.

D. LOR. Es que todo mi ser se subleva ante esta idea. ¡Yo, cómplice del más repugnante de los delitos, porque es el más cobarde! ¡Yo, gozando riquezas usurpadas y nombres postizos, y dichas que no son nuestras, porque Dios no quiso que lo fuesen, y pues Él no lo quiso no deben serlo! ¡Inés, y tú, y yo, y todos, encharcados en el fango! ¿Es esto lo que me aconse-

jas? (Exaltándose por grados.) Entónces la virtud es una mentira: entónces vosotras, los séres que yo más amé en el mundo, porque en vosotras veía algo divino, sois miserables egoistas, repulsivas al sacrificio, presas de la codicia, juguetes de la pasion: entónces... ¡sois tierra y no más que tierra! ¡Pues si sois tierra, deshaceos en polvo, y arrástrenos á todos el viento de la tempestad! (Con extrema violencia.)

ÁNGELA. ¡Lorenzo!

D. LOR. ¡Séres sin conciencia y sin albedrío son átomos que hoy se juntan y que mañana se separan! ¡Allá va la materia, dejadla ir!

ÁNGELA. ¡Tú deliras, Lorenzo! ¡Yo no te comprendo! ¡Yo no sé lo que quieres!

D. LOR. Respetar la justicia y la verdad.

ÁNGELA. ¿La verdad?

D. LOR. Sí.

ÁNGELA. ¿Y la dirás en voz alta á todo el mundo?

D. LOR. La diré.

ÁNGELA. ¿Y nos dejarás en la miseria?

D. LOR. Ganaré vuestro sustento y el mio con mi trabajo.

ÁNGELA. ¿Ganar tú? ¡Vanidad de sabío! Pero sea. Oye, Lorenzo. Si esas riquezas no son tuyas, devuélvelas enhorabuena. (Lorenzo da un grito de alegría y se acerca con los brazos abiertos á Ángela.) Ni las privaciones me asustan, ni soy la mujer miserable y egoista que tú pintabas há poco.

D. LOR. Ángela, mi buena Ángela, perdóname.

ÁNGELA. ¿Quieres mi perdon? ¿Quieres que siga bendiciendo, como siempre bendije, la hora en que fuí tu esposa?

D. LOR. Sí.

ÁNGELA. Pues bien, cumple como hombre honrado; pero en silencio, con prudencia, sin ruido, sin ostentacion, sin escándalo.

D. LOR. Y ¿para qué? Si no querrá la Duquesa, ni áun de ese modo, que Eduardo sea el esposo de mi hija.

ÁNGELA. Eduardo responde del consentimiento de su madre.

D. LOR. No cederá.

ÁNGELA. Cederá: es mujer; es madre. No todos alcanzan tu perfeccion.

D. LOR. No lo creo.

ÁNGELA. ¿Es que no lo crees, ó es que lo temes?

D. LOR. Mas suponiendo que cediese, cómo he de conservar un nombre que no es mio!

ÁNGELA. ¡Ah, miserables sutilezas, á las que sacrificas la vida de Inés!

D. LOR. Un nombre, Ángela, es en la vida social...

ÁNGELA. Un nombre es un sonido, aire que se agita, algo que pasa; ¡vanidad humana! Y una hija es un sér que está hecho de nuestra propia carne y de la sangre de nuestras propias venas; un sér que al brotar de la nada recogimos en nuestro seno, y que al venir al mundo recibimos en nuestros brazos; que nos dió su primera sonrisa y su primer beso y su primer llanto; que vivió de nuestra vida, y fué á la par nuestro placer más puro y nuestro más agudo dolor; un sér á quien amamos más que á nosotros mismos, pero sin la levadura egoista que afea todos nuestros demas amores; único amor divino que existe en la tierra, y que si el cielo es cielo, allá tras lo azul y en el mismo Dios existirá tambien. Escoge ahora, ¡impío! entre lo que tú llamas un nombre y lo que yo llamo una hija.

D. LOR. Tus palabras me enloquecen, Ángela.

ÁNGELA. Pues enloqueciste para tormento de Inés, ¿qué mucho que enloquezcas para su dicha?

D. LOR. Ángela... Ángela... en parte... sí... tienes razon... soy un pobre demente... mis escrúpulos son quizá exagerados. ¡Mi hija, mi Inés, tan buena, tan hermosa! ¡Y moriría... sí... moriría!...

ÁNGELA. ¡Al fin!... ¡Lorenzo, mi buen Lorenzo!

D. LOR. Pero aguarda... no... mis ideas se confunden... ¡un

torbellino de fuego gira dentro de mi cráneo! Sin embargo, áun así comprendo, que no basta renunciar á los bienes que poseo; es preciso que diga por qué renuncio á ellos.

ÁNGELA. ¡Lorenzo!

D. LOR. (Sin escucharla y como hablando consigo mismo.) De otro modo devuelvo materialmente bienes tambien materiales, es verdad; pero sin reconocer el legítimo derecho de las personas á quienes he despojado; restituyo, pues, traidora y cobardemente, y á la sombra de otro derecho artificioso y vano, que para comodidad mia y beneficio de mi familia yo forjé con malas artes, lo que debí restituir en toda su integridad.

ÁNGELA. ¡Cuántas palabras altisonantes, Lorenzo!

D. LOR. (Sin atenderla.) Al conservar un nombre que no es mio, soy un miserable ladron, es preciso decirlo por más que la palabra me queme los labios. Robo un nombre y un derecho; privo á mis víctimas de sus más poderosos medios de defensa contra la codicia, que en cualquier tiempo pueda despertarse en mis sucesores, y doy quizá ocasion en lo futuro á nuevas iniquidades. ¿Lo ves?... ¿Lo ves, mujer ciega? Hay que decir la verdad, toda la verdad, en voz alta, suceda lo que quiera.

ÁNGELA. ¡Lorenzo!

D. LOR. Un juez, un tribunal ¿me despojaría por su sentencia sólo de mis bienes, ó de mis bienes y de mi nombre á la vez? De todo, de todo, ¿no es verdad? Pues lo que un juez hiciera debo hacerlo yo, juez de mí mismo, ó soy un miserable. Ahí tienes, ahí tienes, desdichada, lo que me grita la conciencia. No, yo no quiero ser honrado á medias, porque en todo aquello en que no sea enteramente honrado, seré infame por entero. ¡Ah! estas cosas son muy claras: nada más claro que el deber.

ÁNGELA. Pero entónces, siendo el hecho público, la Duquesa no consentirá.

D. LOR. No consentirá: ya te lo decía yo.

ÁNGELA. ¡Ah, Lorenzo, Lorenzo; lo eres todo: filósofo, moralista, jurisconsulto y, por de contado, hombre de bien! ¡Todo, todo... miserable máquina de pensar; todo, ménos padre!

D. LOR. Quieres volverme loco, y has de conseguirlo.

ÁNGELA. Ya no es posible.

D. LOR. ¿Lo estoy?

ÁNGELA. Lo estás, y cuenta que no has llegado á lo más profundo del abismo. Óyeme, que yo tambien entiendo algo en esto de la lógica: al fin soy tu mujer. ¿Vas á decir la verdad, toda la verdad?

D. LOR. Toda.

ÁNGELA. ¿Á la justicia humana?

D. LOR. Á la justicia divina inútil me parece, que ya en este momento nos está juzgando á los dos.

ÁNGELA. Compréndeme, Lorenzo. Quiero decir si repetirás todo lo que nos contaste há poco, al juez, al escribano, ¿qué sé yo? á los que han de recoger estos bienes que tú abandonas y han de entregarlos á sus dueños.

D. LOR. Sí, á esos.

ÁNGELA. ¿Y referirás toda la historia?

D. LOR. Preciso será.

ÁNGELA. Pues atiende. Tendrás que decir que esa mujer, tu nodriza Juana, es tu madre.

D. LOR. De ese modo lavaré la mancha que sobre ella arrojó una sentencia inícua. Bastára esto sólo para que el silencio que me aconsejas fuera un crímen.

ÁNGELA. Y esto sólo basta para que sea un deber el silencio. ¿No ves, desdichado, que si Juana es inocente del delito que se le imputó, es reo de un delito mayor? ¡Usurpacion de estado civil se llama! Bien lo sabes. ¡Falsificar la familia, que es escarnecerla y destruir-

la; arrancar un inmenso caudal á sus legítimos dueños, que es algo más que recoger del suelo un medallon; cubrir un nacimiento ilegítimo con un nombre honrado, que es envolver en manto de armiño la podredumbre del vicio! Si Juana es tu madre, todo esto ha hecho Juana, y en su maldad ha persistido durante cuarenta años.

D. LOR. (Separándose de Ángela y oprimiéndose la cabeza con las manos.) ¡Calla, calla por Dios santo!

ÁNGELA. Eso te pido yo; ¡calla!

D. LOR. ¡Es mi madre!

ÁNGELA. Y ¿qué importa? Quien inmola á la hija inocente, ¿por qué ha de respetar á la madre culpable? ¿No son superiores las leyes divinas á las leyes humanas? ¿No es lo primero la justicia, el deber, la verdad? ¿No han de prevalecer los fueros del alma sobre las flaquezas de la carne?

D. LOR. Tienes razon; pero aun teniéndola, deliras. (Huyendo de Ángela.)

ÁNGELA. ¿Por qué? Mira que vas siendo tan vulgar y tan débil como esta pobre madre. ¿No exige el deber que dejes morir á tu hija? Pues muera. ¿No exige que tú mismo arrastres á Juana moribunda al calabozo? Pues allá con la anciana. Ya ves como tengo yo tambien mi lógica.

D. LOR. ¡Lógica del infierno!

ÁNGELA. Y la tuya ¿de qué sublime esfera descendió?

D. LOR. (Huyendo de Ángela.) Déjame... déjame... no puedo más. ¡Inés de mi alma! ¡madre mia!... ¿Qué mal te hice, Ángela, para que así me atormentes? (Viene á caer ya sin fuerzas en el sillon inmediato á la mesa.) ¡Ah, mi cabeza, mi cabeza arde!

ÁNGELA. Lorenzo... Lorenzo... (Con dulzura.)

D. LOR. Sí: tienes razon... sí: soy un pobre demente... ¿Qué sé yo lo que debo hacer?... ¡Todo es sombra! ¿Qué es la verdad? ¿qué es la mentira?

ÁNGELA. (Ap.) (Fuí muy cruel, pero salvé á mi hija: no hablará.) (Lorenzo está sentado, desplomado más bien, en el sillon: tiene los brazos sobre la mesa y en las manos oculta el rostro. Ángela se acerca á él con cariño y le habla con dulzura.) Lorenzo, perdóname.

D. LOR. ¡Vete, vete por Dios!

ÁNGELA. Quise mostrarte el abismo en que caías: quise salvar á Inés: quise salvarte á tí de tus propios furores.

D. LOR. Sí... sí, Ángela... lo comprendo... pero déjame.

ÁNGELA. ¿Me perdonas?

D. LOR. Te perdono... y te amo... ¡Pobre Ángela, tú tambien padeces! Pero deseo estar solo.

ÁNGELA. Pues bien, me voy: pero no te aflijas; ya buscaremos camino de salvacion. Diré á Inés que quieres verla. ¿No deseas estrecharla contra tu pecho?

D. LOR. Si ella quiere... (Con tono sumiso.)

ÁNGELA. Pues espérame aquí, vendré á llamarte, y allá, cerca de nuestra pobre niña, todos reunidos, animados del mismo deseo, aunando nuestras voluntades, tú has de ver cómo vencemos la fatalidad que nos abruma.

D. LOR. La venceremos... sí, la venceremos... (Repitiendo lo que oye sin saber lo que dice.)

ÁNGELA. Adios... y no me guardes rencor.

D. LOR. ¡Rencor!... ¡Á ti!

ÁNGELA. ¡Adios!

ESCENA V.

D. LORENZO.

Sentado á la mesa y con aire de profundo abatimiento. La chimenea arde con luz rojiza: la habitacion aparece envuelta en grandes sombras que se condensan fantásticamente en los cortinajes. Larga pausa.

Ya estoy solo. ¡Cuántas sombras por todas partes!

¡Qué poco brilla esta luz! Mejor: crezcan las tinieblas: ¡á mí la oscuridad! En ella es donde se nos aparece más luminosa la conciencia. Quiero el bien, pero no sé dónde está: mi voluntad es fuerte, pero mi razon se ofusca. Tres nombres relampaguean ante mis ojos en la negra noche en que me agito. ¡Ángela, Juana, Inés! Á mi calvario me lleva mi destino, y sin quejarme subo la cruz de mis dolores. Pero vosotras, pero tú, Inés mia ¿por qué habeis de precederme marcando con vuestras lágrimas el camino que ha de ensangrentar mis plantas? Yo solo... sea; pero vosotras, no. ¡Ah, Dios mio, que la luz de mi conciencia se apaga, que mi voluntad desfallece, que la desesperacion se apodera de mí espíritu! Yo anhelo el bien, y en tí lo busco. ¡Señor, ven á mí: ven, que yo te amo! ¡Sombras que me rodeais; espacio en que dolorido me revuelvo; tiempo que eres para mí, eternidad de congojas; y tú, silencio augusto, que por algo compasivo me escuchas, llamad todos á vuestro Dios, que mi voz no le alcanza! ¡Decidle que no quiero que muera mi hija, que aparte de ella el cáliz de la amargura, y que todo lo agote entre mis labios! ¡Á mí, todo... á ella, no! ¡Es tan hermosa, es tan buena, es tan pura!... ¡Ella no! ¡Ella no, Dios mio! (Deja caer la cabeza sobre la mesa y llora amargamente. Pausa.)

ESCENA VI.

D. LORENZO, JUANA.

Aparece en la puerta de la izquierda, y en ella se detiene.

D. LOR. Girones de sombra han pasado ante mis ojos. (Pausa.)

¿Será todo esto un sueño? No: Juana está ahí dentro: y la prueba... la prueba... (*Abre el pupitre y saca un pliego.*) la prueba es esta. No es un sueño por desgracia. Es la realidad implacable y terrible. Cien veces la he leido y no me sacio de leerla. «Te he querido como hijo, aunque no lo has sido nuestro...» ¡Aunque no lo has sido nuestro!...

JUANA. (*Aparte y observándole.*) Está leyendo... leyendo la carta de la que creyó madre suya. Su madre soy yo: nadie más que yo. (*Avanza, aunque con trabajo, algunos pasos.*) ¡Cuánta tristeza en su frente! ¿Hay lágrimas en sus ojos?... ¿En sus ojos? No sé. Quizá estén en los mios que le miran. En él ó en mí están: yo veo lágrimas en alguna parte. (*Da algunos pasos más.*) ¿Llorar él? ¿Por qué? ¿Porque soy su madre? ¿Sentirá que yo sea su madre? Pero ¿qué le importa si nadie más que él sabe mi secreto y yo voy á morir! Sí, á morir.. á morir muy pronto. La noche eterna y fria va penetrando hasta lo más profundo de mi ser: algo muy negro está dentro de mí. (*Da un paso más, vacila y se apoya en la mesa para no caer. Lorenzo se vuelve hácia ella.*)

D. LOR. ¡Juana!

JUANA. ¡Siempre ese nombre!

D. LOR. ¡Madre!

JUANA. Te enoja que lo sea; bien lo conozco.

D. LOR. ¡Que tal pienses de mí!

JUANA. Pues si enojos no son, será vergüenza de tenerme por madre.

D. LOR. ¿Avergonzarme yo? Mañana sabrá todo el mundo que yo soy tu hijo.

JUANA. ¡Mañana! ¿Qué intentas? Tardo está ya mi oido, y sin duda no comprendí lo que dijiste! (*Con espanto.*)

D. LOR. Dije mal. Mañana no. Es preciso que ántes salgas de España, y cuando estés en sitio seguro, porque á veces la justicia de los hombres es muy cruel, yo

proclamaré la verdad en voz alta; yo me despojaré de un nombre que no es mio; yo devolveré riquezas usurpadas. Es ya cosa resuelta.

JUANA. ¡Jesús de mi vida!

D. LOR. Y despues con Ángela y con mi pobre niña iré á buscarte.

JUANA. ¿Tú en la miseria, tú en la deshonra, tú sin más nombre que un nombre escarnecido y manchado? Pero ¿por qué? ¿Por qué?... ¿Quién te obliga á ello? Habla, hijo mio, que me haces perder el juicio. ¿Quién?

D. LOR. Mi conciencia, madre, y tu culpa.

JUANA. Pero ¿piensas decir la verdad?

D. LOR. ¿Por qué me la dijiste á mí? (Con enojo.) Si yo nada hubiese sabido... no tendría hoy que dar la muerte á mi hija.

JUANA. ¿Por qué?... ¡Y me lo pregunta! ¡Y no lo comprende! ¡Ingrato! (Oculta el rostro entre las manos y llora amargamente.)

D. LOR. ¡Madre!

JUANA. Porque iba á morir... porque voy á morir... y ántes era preciso que supieses lo que por tu felicidad hizo esta pobre mujer. Ademas, quería que una vez al ménos me llamases madre. Por esto... nada más que por esto... porque del corazon me subía á la garganta y me ahogaba algo, que al fin no pude contener, y tuve que decirte ¡eres mi hijo!

D. LOR. Te comprendo, madre mia, y no te acuso.

JUANA. Pero tú no piensas hacer lo que has dicho, ¿no es cierto? ¡Fuera una infamia para con tu familia, fuera una crueldad para con esta pobre anciana!

D. LOR. Crueldad, si; infamia, no: que con esta crueldad otras infamias borro.

JUANA. ¡Lorenzo!

D. LOR. ¡Perdóname!

JUANA. ¿Dices que yo cometí una infamia? (Asombrada.)

D. LOR. Nada digo.

JUANA. ¡Pero fué por tí... por tí... por ti, hijo mio! (Con voz cada vez más ahogada. Lorenzo permanece silencioso, sombrío y sin volverse hácia su madre.) ¡Fué por él, Dios mio, y así me paga! ¡Lorenzo!

D. LOR. El mal no puede prevalecer: la obra de iniquidad se arruina bajo su propio peso: mi sacrificio lavará tu culpa.

JUANA. ¡Lorenzo!

D. LOR. (Acercándola á la luz, poniendo en su mano la carta y obligándola á leer.) ¿Qué dice ahí?

JUANA. «Perdóname y que Dios te inspire.» (Sentándose y leyendo con trabajo.)

D. LOR. Pues bien, madre, la perdoné y he pedido inspiracion al cielo: tus súplicas son inútiles.

ESCENA VII.

JUANA, D. LORENZO, ÁNGELA, por la derecha.

ÁNGELA. Lorenzo, Inés te llama. (Desde la misma puerta de la derecha y sin penetrar en la habitacion.)

D. LOR. ¡Ella!... ¡mi hija!... sí, voy... Perdóname, madre mia, volveré muy pronto.

JUANA. (Deteniéndole y en voz baja.) Ya sé que me desprecias; ya sé que me odias...

D. LOR. ¡Madre!

JUANA. Pero no por mí, por ella, por esa niña... (Incorporándose.)

D. LOR. Ni áun por ella! (Con desesperacion.)

JUANA. ¡Ah! (Cae en el sillon y se cubre el rostro con las manos. Salen Lorenzo y Ángela.)

ESCENA VIII.

JUANA, *queda con el papel en la mano.*

¡Ni áun por ella! (*Sollozando.*) Sacrifícate, Juana, por tu hijo: renuncia á sus caricias: clávate las uñas en el pecho al verle besar á otra mujer y llamarla madre: bebe por dentro lágrimas de amargura y recógelas en el corazon hasta que rebose ó estalle: recibe en la frente marca infamante: consúmete de miseria y de dolor en una bohardilla veinte años, sin más dicha ni más consuelo que verle pasar á lo léjos en su coche. ¡Ay, Dios mio, yo muero! (*Pausa: despues reanimándose un tanto.*) Más... más aún... Tú, pobre Juana, sufriendo todo lo que he dicho; y en cambio, hazle rico, sabio, ilustre, bueno, y... á la hora de la muerte preséntate á él, sólo á pedirle un beso, sólo buscando que te diga: «¡qué buena eres, cuánto me has querido!...» y él no te dirá nada de eso: te mirará triste y severo... te dirá que cometiste una infamia... que es preciso que él borre tu culpa... que tu obra es... obra de iniquidad... ¡Obra de iniquidad!... ¡Ah, Lorenzo, hijo mio!... ¿por qué eres tan cruel? ¿Por qué arrojas con desprecio todo lo que á costa de mi felicidad te he dado?... Mira que me cuesta muchas lágrimas! (*Cambiando de tono, levantándose con arranque de desesperacion y viniendo á la derecha.*) ¡Y mi sacrificio habrá sido inútil! ¡Y habré perdido yo mi dicha y le habré perdido á él! ¡Insensata, egoista! ¿Por qué le dije la verdad? (*Pausa.*) Pues no ha de ser: no ha de ser: la obra de iniquidad no amenaza ruina todavía, pobre visionario. ¡Yo lo negaré todo! (*Con voz apagada.*) Serás feliz, y rico y poderoso á tu pesar. Él puso en mis manos la única prueba. (*Tendiendo el brazo hácia la mesa en que está el papel.*) Bueno, bueno; entre su madre y su hija van á salvarle: ¡extraña coinciden-

cia! ella llamándole le obliga á alejarse, y yo me quedo... Ea... Agotemos las fuerzas que me restan. Ahora me acerco poco á poco, y entre las sombras... Así fué de oscura aquella noche, en que mi ama vino á buscarme al lecho y murmuró en mi oido: ¿quieres que tu hijo sea rico y feliz? Y yo dudé... y luégo dije que sí... Y ahora... Y ahora digo que sí. (Llegándose á la mesa. Pausa.) ¿Vuelve Lorenzo? (Aplicando al oido.) Sí; me parece que vuelve... ¡Y me pedirá la carta como ántes me la pidió!... Vamos... al fuego... (Quiere andar, pero no puede.) ¡Oigo su voz... me faltan las fuerzas... no me da tiempo!... ¡Va á venir!... No... pues yo no se la doy... Es otra vez mi presa... ¡Ah!... Ya sé... Ya sé... Pondré dentro del sobre un papel en blanco para que al pronto nada note... (Ejecutando la operacion que acaba de indicar.) ¡Obra de iniquidad la llama Lorenzo! ¡Pobre hijo mio, que á veces es inocente como un niño! Así... así... lo dejo donde estaba... y éste á las llamas. (Arroja el papel al fuego y se inclina para verlo arder.) ¡Llama es ya! Su resplandor ilumina el rostro de mi antigua señora. (Viendo un retrato que hay en la pared.) Mira, mira, ya es ceniza; y era la única prueba. ¿La única? No: otra queda, pues quedo yo; pero muy pronto seré ceniza tambien. (Pausa.) Ahora me voy á mi cuarto... (Dando unos pasos.) Dios mio, me faltan las fuerzas... (Haciendo un esfuerzo y dando unos pasos más.) Pero le he salvado... será rico... feliz... No veo... no veo... Esa luz se apaga .. ¿Se apaga ella ó la de mis ojos? (Se acerca á la mesa, coge la vela y de nuevo intenta marchar.) ¡Luz!... ¡luz! ¿Dónde está mi cuarto? ¡Sombras!... ¡todo sombras! ¡Ay de mí!... ¡Dios mio!... ¡No puedo... no puedo! (Deja caer la luz: sólo queda iluminada la habitacion por el reflejo rojizo de la chimenea. Ella cae tambien entre la chimenea y la mesa.)

ESCENA IX.

JUANA, D. LORENZO, INÉS, ÁNGELA, DUQUESA.

Los cuatro últimos por la derecha. Lorenzo entra como huyendo de su hija: ésta se detiene en la puerta. Viene vestida de blanco: detrás de ella y medio ocultas por el cortinaje, Ángela y la Duquesa.

D. LOR. (Viniendo al centro del escenario.) ¡No más! ¡No más! Es la última prueba! La última, sí; pero ¡ay! que mi voluntad vacila.

ÁNGELA. (Aparte á Inés.) Síguele, no le dejes: cederá.

INÉS. ¿Por qué huyes de mí, padre mio?

(Avanza algunos pasos, muy pocos: detrás de ella Ángela y la Duquesa. Es preciso dar á esta escena todo el carácter fantástico que en sí tiene, para que el efecto corresponda á la idea del drama. D. Lorenzo está en el centro del proscenio manifestando con su actitud, en sus ademanes, y su entonacion, que sostiene una última y desesperada lucha consigo mismo. Inés, bella y poética, se aproxima lentamente á su padre. Siempre la siguen, Ángela y la Duquesa vestidas de negro, inspirándole cuanto dice. Juana agoniza. El despacho está envuelto en grandes sombras, el reflejo de la chimenea ilumina de lleno á Inés.)

D. LOR. ¡Allí está la tentacion! Pero ¡qué hermosa es! ¡Qué aureola de divina belleza la circunda. ¡Única luz entre tanta sombra!

ÁNGELA. (Aparte á su hija.) (¿Lo ves? Ya no acierta á resistir... Ruégale... ruégale... Inés mia.)

INÉS. (Avanzando.) ¡Ven á mis brazos!

D. LOR. (Retrocediendo.) (¡Ay de mí si los ciño á mi cuello como dulcísimo dogal!)

JUANA. (Aparte con voz apagada.) Un dogal al cuello... Tiene razon...

INÉS. ¡Por Dios santo, padre mio, por el amor que me tienes; por las lágrimas de estos ojos que cuando yo era

niña tanto querías y tanto besabas! (Llevándose las manos al rostro: retirándolas despues, y dándoselas á besar á su padre.) ¡Mira, mira y cómo se desprenden de mis párpados! Mis dedos las recogieron al caer bésalas y sentirás en tus labios su amargura.

D. LOR. Sí: las besaré... las besaré... pero ¡ay, si una sola de las mias cayese en los tuyos!

JUANA. (Aparte.) ¡Caer!... Han dicho caer... ¡Yo tambien caigo en abismo sin fondo! Pero ántes... ántes... quiero abrazar á mi hijo.

INÉS. ¡Padre! (Lorenzo retrocede. Inés, Ángela y la Duquesa le siguen.)

ÁNGELA. ¡Lorenzo!

JUANA. ¡Han dicho Lorenzo! Allí... allí... veo algo... (Avanzando.)

D. LOR. No... no... digo mil veces que no... ¡Quereis envilecerme!

INÉS. Y tú, padre mio, ¿quién lo creyera? ¡quieres mi muerte! Y si no ¿por qué te opones á este amor que es mi vida?

D. LOR. Yo, Inés mía... no... la Duquesa... la Duquesa es.

ÁNGELA. No es cierto. La Duquesa cede.

D. LOR. ¡Á precio de deshonra!

DUQUESA. No es cierto, Inés: á trueque de silencio.

INÉS. ¿No estás oyendo, padre mio?

D. LOR. (Separándose de ellas, rechazándolas y retrocediendo.) ¡Sólo oigo voces que me piden mi conciencia!... ¡Sólo veo sombras que entre las sombras me persiguen!... Fantasmas del espacio... engendros de la tentacion... ¡dejadme!... ¡Dejadme por Dios vivo; que si sois fuertes para atormentarme el corazon, sois débiles, muy débiles para torcer mi voluntad!

JUANA. ¡Su voz!... ¡Lorenzo!... ¡Lorenzo!... (Llegando á él y abrazándole.)

D. LOR. ¡Madre! (Abrazándola tambien.)

INÉS. (Amparándose de Ángela.) ¿Qué voz es esa? ¿Quién es

esa mujer? ¿Qué sombra brotó de las tinieblas y ciñó á mi padre con sus brazos? ¡Tengo miedo!

D. LOR. ¡Juana!... ¡Madre mia!

INÉS. ¡Su madre! ¿Por qué la llama su madre?

D. LOR. Porque es mi madre, y porque... he de decirlo.

JUANA. ¡Yo! ¡Su madre yo! ¡Jesús, qué idea!... ¡Bien quisiera... serlo!

DUQUESA. ¿Oye usted... oye usted lo que dice?

ÁNGELA. ¡Lo niega!

D. LOR. ¡Lo eres! (Con violéncia.)

JUANA. ¡Ah... pobre Lorenzo mio! (Con risa forzada.) ¡Hijo de mi alma! (Al oido y abrazándole.)

D. LOR. ¿Por la tuya, que repitas en voz alta lo que me dices al oido!

JUANA. Yo... al oido... Pues ¿qué te dije? ¡Ser su madre!... ¡Qué mayor dicha!

D. LOR. ¡Ah!... ¿Lo niegas? (Con furor.)

ÁNGELA. ¡Lorenzo!

D. LOR. ¿Niegas que eres mi madre? (Con creciente furor.)

JUANA. Y ¿cómo no?

D. LOR. ¡De mí renegaste al nacer yo, y vuelves á renegar á la hora de tu muerte! (Con horrible desesperacion.)

JUANA. (Abrazándose á él, y formando los dos un grupo tan estrechamente unido, que es imposible en la oscuridad conocer si se abrazan ambos, ó si en su furor la estrecha Lorenzo contra sí.) ¡Hijo de mis entrañas! (Con voz moribunda, al oido.)

D. LOR. ¡Eso... eso!... (Ya delirante.)

JUANA. ¡Yo muero!

D. LOR. ¡No... madre mia!

DUQUESA. ¡Jesús mil veces! ¡Ese hombre va á matarla!... ¡Socorro! (Corriendo hácia la puerta de la derecha.)

ÁNGELA. ¡Eduardo!... ¡Tomás!

D. LOR. ¡Madre!... ¡Madre!...

JUANA. No... Dios mio... No... ¡eso no!

ESCENA X.

D. LORENZO, INÉS, JUANA, ÁNGELA, DUQUESA, D. TOMÁS, EDUARDO.

Los dos últimos por la derecha con luces. Todos acuden y procuran separar á Lorenzo de Juana.

D. TOMÁS. ¡Vamos!... ¡Vamos!...

D. LOR. ¡Madre mia!... ¡Perdon!... ¡Perdon!... Si no quieres no te llamaré madre... ¡madre mia!

JUANA. A... dios...

D. LOR. ¡¡Juana!!

JUANA. (Haciendo un esfuerzo horrible, se levanta como herida en el corazon por el nombre de Juana, y cae.)

D. TOMÁS. ¡Muerta!

D. LOR. ¡No... no es posible! (Abrazándose á su madre.) Para matarla la llamé ¡madre!... y el último grito que oyó de mis labios... fué ¡Juana! ¡Ah, Dios mio! Dios mio! ¿Por qué la castigas así, y por qué me abandonas?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

D. TOMÁS, despues un CRIADO.

D. TOMÁS. Todo en calma. Ni se oye el llanto de Inés, ni ruge la cólera de Lorenzo. Calma precursora de nueva tempestad. (Pausa.) Momentos hay en que dudo y vacilo. Él... él... mi buen amigo, mi pobre Lorenzo... Esta idea no me da punto de reposo. En fin, muy luégo sabremos la verdad: entre tanto, valor, y cumplamos para con esta atribulada familia deberes sagrados, que nadie con mejor deseo que yo ha de cumplir.

CRIADO. Un caballero á quien acompañan dos... que... vamos... yo no sé si lo son... aunque su traje... En fin, ese caballero me ha dado para usted esta tarjeta, y allá fuera esperan todos.

D. TOMÁS. (Mirando la tarjeta.) ¡Ah! ¡El Doctor Bermúdez! Que pase... que pase...

CRIADO. ¿Y los otros dos?

D. TOMÁS. Que esperen. (*Sale el criado.*) Á medida que se aproxima el momento crece mi ansiedad y crecen mis dudas. ¡Pobre Ángela, qué golpe! ¡Pobre Inés!... ¡En qué estado de excitacion nerviosa se halla la desdichada niña! ¡Qué lucidez en su mirada! ¡Qué claridad en sus juicios! Nadie le explicó lo que ocurre... y yo creo que lo sabe todo; y adivina lo que no sabe, y sospecha lo que no adivina! No: esta situacion no puede prolongarse más: afrontemos la realidad por triste que sea.

ESCENA II.

D. TOMÁS, DOCTOR BERMÚDEZ: *despues dos loqueros vestidos decentemente, pero dando á conocer en su fisonomía y en sus maneras que no son lo que aparentan.*

D. TOMÁS. ¡Doctor!... (*Saliendo al encuentro y dándole la mano.*)

DOCTOR. ¡Don Tomás!...

D. TOMÁS. Puntual como de costumbre.

DOCTOR. No, vengo con alguna anticipacion... para dejar convenientemente instalados á esos dos...

D. TOMÁS. Sí, sí, comprendo.

DOCTOR. Los he hecho vestir de manera que don Lorenzo no sospeche... porque como sólo se trata de esas precauciones generales...

D. TOMÁS. Ya, ya... muy bien. Es preciso caminar con prudencia. Rapto de furor, verdadero rapto de furor, como dije á usted, sólo ha tenido uno; el de la otra noche. Pudiera ser que yo me equivocase...

DOCTOR. Mucho lo celebraría... y usted lo celebraría tambien.

D. TOMÁS. ¡Ay, amigo mío, estoy que no sé lo que me pasa! En fin, su ciencia de usted, su práctica, su profundísima penetracion han de sacarnos de dudas.

DOCTOR. ¡Usted me lisonjea! Estando usted...

D. TOMÁS. No cuente usted conmigo, Doctor; no estoy para nada: me declaro incompetente: se trata de mi mejor amigo, casi de un hermano. Ademas, siempre me ha parecido... Usted conoce mi escuela: entre la razon y la locura no hay una línea divisoria...

DOCTOR. Evidente, evidente, y todos los sabios tienen algo...

D. TOMÁS. Cabal; la excitacion del cerebro pasa de cierto límite y...

DOCTOR. Justo. Veremos, veremos lo que puede hacerse por don Lorenzo. Conque esos dos chicos...

D. TOMÁS. Fácil ha de ser inventar cualquier historia: serán los testigos... ó se le dirá que vienen con el escribano... Cualquier cosa. El pobre Lorenzo no está para fijarse en estos pormenores.

DOCTOR. Y ¿dónde esperan?

D. TOMÁS. Ahí dentro. (Señalando la puerta de la izquierda.)

DOCTOR. (Asomándose al fondo.) ¡Eh! ¡Bráulio! ¡Benito! (Entran los dos loqueros algo cortados y mostrando en sus ademanes toscos y torpes lo que son.)

D. TOMÁS. Entren ustedes ahí, en ese gabinete: si son ustedes necesarios ya se les avisará, y entre tanto, quietos. (Los loqueros saludan y entran por la izquierda.) Desde que murió Juana no ha vuelto á entrar Lorenzo en esa habitacion. (Á Bermúdez.) En cerrando la puerta... (La cierra.)

DOCTOR. (Mirando el reloj.) Vuelvo en seguida: ántes de que llegue el escribano estoy aquí. Voy... muy cerca...

D. TOMÁS. ¿Una visita?

DOCTOR. Sí: un caso muy bonito de locura. (Ángela entra por el fondo y se detiene al ver á Bermúdez.) ¿Es?... (Ap. á Tomás indicándole con la mirada á Ángela.)

D. TOMÁS. Sí: la esposa. No hable usted con ella.

DOCTOR. Hasta luégo. (Ap. á Tomás.) Señora... (Saludando. Sale por el fondo.)

ESCENA III.

ÁNGELA, D. TOMÁS.

Ángela sigue con la vista á Bermúdez, despues mira hácia el gabinete en que entraron los loqueros.

ÁNGELA. ¿Quién es ese que sale? ¿Quiénes son dos hombres que vinieron con él?

D. TOMÁS. Cálmese usted, Ángela. Todo se arreglará. Estas son precauciones, pero necesarias, porque ¿quién sabe? puede tener Lorenzo otro rapto de furor como anteanoche, y por ustedes, por él mismo...

ÁNGELA. No, Tomás, no diga usted eso.

D. TOMÁS. ¿No recuerda usted, Ángela, con qué frenesí estrechaba entre sus brazos el cuerpo moribundo de la pobre Juana? Ahora que nadie nos oye, y en confianza, yo creo que él... fué... la causa determinante...

ÁNGELA. ¡Tomás! ¡Tomás!

D. TOMÁS. Por lo ménos apresuró su muerte: y ¿no vió usted cómo en su delirio él mismo se acusaba? No nos forjemos ilusiones: fué un verdadero ataque de...

ÁNGELA. (Llorando.) ¡Lorenzo! ¡Lorenzo mio!

D. TOMÁS. Y la crísis puede volver, porque hoy...

ÁNGELA. Sí, ya sé lo que se propone... ¡Ay, Tomás, qué desgraciados somos! ¡Qué desgraciado es mi pobre Lorenzo!

D. TOMÁS. ¿Qué hace ahora?

ÁNGELA. Está muy en calma: escribe, pasea... quiere estar con Inés y conmigo como si la soledad le espantase. Hace poco me miró con tristeza, pero con cariño, me besó en la frente y me dijo: «¡pobre Ángela!»

D. TOMÁS. No contradecirle.

ÁNGELA. No señor: en todo le damos la razon.

D. TOMÁS. Y ¿sigue en sus trece?

ÁNGELA. ¡Ay, sí señor! De cuando en cuando pregunta qué hora es: se impacienta porque el escribano no viene, y murmura con voz sorda: «mal que pese al mundo entero, he de cumplir mi obligacion.»

D. TOMÁS. ¡Qué hombre! ¡Qué carácter!

ÁNGELA. Tomás, por Dios santo, que no me engañe usted. ¿Usted cree que Lorenzo?... No puedo, no puedo pronunciar esa horrible palabra!

D. TOMÁS. Yo nada creo todavía. Veremos, Ángela: veremos, mi buena amiga. Precisamente para salir de una vez de esta insufrible ansiedad, hice venir al Doctor Bermúdez: un alienista de primer órden.

ÁNGELA. ¡Pero si es imposible!... ¡Si digo que es imposible!

D. TOMÁS. Ojalá acierte usted, y no debemos perder la esperanza; pero ¿imposible?... ¡Ah, la razon humana e tan poca cosa!

ÁNGELA. ¡Ay, mi esposo de mi alma! No... no quiero... ¡no ha de ser! (Con desesperacion.)

D. TOMÁS. Vamos, Ángela, juicio, valor; por aquella pobre niña, por Inés al ménos. Y ¿quién sabe todavía? Veremos qué explicaciones da Lorenzo, qué pruebas presenta...

ÁNGELA. ¡Qué pruebas ha de presentar el desdichado mio, si á la misma Juana moribunda le oí yo repetir: «no... no... no eres hijo mio,» miéntras él, frenético, delirante, estrechándola en sus brazos, pugnando por arrancar de aquel cuerpo ya casi muerto, una confesion imposible, la llamaba «¡madre!» con el grito estridente de la demencia! No me consuele usted: es inútil; yo sé que nuestra desventura es inevitable.

D. TOMÁS. Harto lo temo.

ÁNGELA. ¿Y aquel modo de recibir á la Duquesa? Él, tan cortés siempre; siempre tan fino...

D. TOMÁS. Tiene usted razon: aquel dia lo comprendí yo todo, pero nadie se resigna cuando la fatalidad le hiere tan de repente.

ÁNGELA. Y adorando, como adora, á su hija, ¿quién hace lo que él pretende hacer hoy?

D. TOMÁS. Nadie, Ángela, nadie, no habiendo perdido el juicio.

ÁNGELA. Y ¿usted le ha dicho á Bermúdez?...

D. TOMÁS. Todo no: fuera peligroso; pero lo bastante para que nos dé su opinion.

ÁNGELA. Y ¿cuál es?

D. TOMÁS. No he de ocultarle á usted...

ÁNGELA. ¡Inútil, Tomás; inútil!... ¡Si yo sé bien que no hay remedio!

D. TOMÁS. Con un buen régimen; separado de aquellas personas, que por lo mismo que son para él tan queridas, con su presencia han de irritar de contínuo su exagerada sensibilidad...

ÁNGELA. ¡Tomás!...

D. TOMÁS. En un buen establecimiento de España ó del extranjero...

ÁNGELA. ¡Qué... qué!... ¿qué quiere usted decir?... ¿Separarlo de nuestro lado!... ¡Llevárselo! ¡Á él... á él! ¡No, jamás; soy su esposa! ¡No lo consiento!

D. TOMÁS. La presencia de Inés estimula su delirio.

ÁNGELA. Y la ausencia de su hija será su muerte.

D. TOMÁS. Ahogó entre sus brazos á aquella pobre mujer.

ÁNGELA. No, Tomás, no: en eso no tiene usted razon: en los brazos de Lorenzo no corre peligro la pobre Inés. ¡Es su hija!

D. TOMÁS. Y él pensaba que Juana era su madre.

ÁNGELA. No ha de ser, Tomás: no ha de ser. ¿Por qué en vez de atormentarme no busca usted alivio para mis penas?

D. TOMÁS. ¡Ángela!

ÁNGELA. Verdad es, mi buen amigo, que no es fácil hallar consuelos para mi dolor.

D. TOMÁS. Los hay en todo dolor humano, por grande que sea.

ÁNGELA. Ménos en este.

D. TOMÁS. En este, más que en todos; y si no, discutamos á

sangre fria.

ÁNGELA. ¿Y cómo, cuando la fiebre nos abrasa las venas?

D. TOMÁS. Óigame usted. Si lo que afirma Lorenzo fuese verdad; si presentara pruebas terminantes...

ÁNGELA. Entónces mi Lorenzo no habría perdido la razon: nosotros seríamos los ciegos y desatentados. ¡Oh, qué dicha!

D. TOMÁS. No tanta, porque entónces les esperaba á ustedes la miseria, la deshonra, la muerte...

ÁNGELA. ¡Calle usted, Tomás!

D. TOMÁS. La muerte digo, ademas de la miseria, porque Inés moriría. En cambio si la desgracia de Lorenzo es cierta...

ÁNGELA. No siga usted... no quiero pensar en tales cosas.

D. TOMÁS. Pues piense usted en Inés; y con el pensamiento en ella sepa usted, Ángela, que estas heridas son, triste es decirlo, pero fuerza es confesarlo, horribles, sí; mortales, no; que sólo es mortal para la juventud lo que destruye el porvenir, no lo que precipita en la nada lo pasado.

ÁNGELA. ¡Por Dios, Tomás!...

D. TOMÁS. De la desgracia de Lorenzo depende la felicidad de Inés; no lo olvidemos.

ÁNGELA. Cúmplase la voluntad de Dios, pero no despierte usted en mí, ideas que ántes me espantan que me consuelan.

ESCENA IV.

ÁNGELA, D. TOMÁS, D. LORENZO, por la derecha.

D. LOR. (AP.) Pero ¿dónde dejé yo la llave? ¡Ah, mi cabeza!... Y el escribano vendrá muy pronto... y en aquel pupitre guardé la carta: bien me acuerdo: sí... hace dos dias... cuando mi madre...

D. TOMÁS. ¡Pobre Ángela! Terrible es la prueba! (Sin ver á Lorenzo.)

D. LOR. ¿Cómo?... ¿Qué dicen? ¡La prueba, sí: de la prueba hablaban! (Con inquietud y buscando la llave del pupitre sobre la mesa.)

ÁNGELA. Terrible es, muy terrible caminar entre dos abismos... Lorenzo á un lado... Inés á otro... Tiene usted razon.

D. LOR. (Con enojo y en voz alta.) ¡La he perdido!

D. TOMÁS. (Volviéndose, aparte.) ¡Desdichado; pienso que sí!

ÁNGELA. ¡Lorenzo!

D. LOR. ¡Ah!... ¿Estábais?... (Con mirada recelosa y como si no los hubiera visto ántes.)

ÁNGELA. ¿Qué buscas?... Nosotros te ayudaremos. (Con dulzura.)

D. LOR. ¿Vosotros?... No. ¿Para qué? Yo sólo.

ÁNGELA. Pero dí al menos ¿qué has perdido?

D. LOR. Todo: hasta el amor de los mios. ¡Mira si puedo perder más!

ÁNGELA. No, Lorenzo, no lo creas.

D. LOR. Al fin... la llave... ¡Gracias al cielo! (Aparte, con desconfianza.) Y estaba puesta... puesta... (Abre con ansiedad el pupitre y coge el pliego que dejó Juana.) ¡Ah! ¡Aquí está!... Se me ha quitado un peso de encima... (Leyendo.) «Para Lorenzo.» Este es el pliego.

ÁNGELA. (Acercándose.) ¿Encontraste lo que buscabas?

D. LOR. Sí. (Tomás se acerca tambien.)

ÁNGELA. ¿Qué papel es ese? (Lorenzo se preparaba á sacar el pliego de su sobre; pero al ver que Ángela y Tomás se acercan, lo mete en el pupitre echa la llave y se la guarda.)

D. LOR. Uno muy importante. (Con cierta desconfianza y mirándoles con recelo.) ¿Para qué quereis saberlo?

ÁNGELA. No te enfades, Lorenzo mio. Perdóname si he sido indiscreta.

D. LOR. ¡Perdonar yo! Yo soy quien ha menester vuestro

perdon. Por mí, por mi culpa, ¡vais á ser tan desgraciadas!

ÁNGELA. No digas eso: no lo seremos nunca siendo tú dichoso

D. LOR. Y yo ¿podré serlo, no siéndolo tú, no siéndolo mi Inés de mi vida?

ÁNGELA. Lo será tambien.

D. LOR. Imposible: porque ¿sabes tú cuál es mi pensamiento?

ÁNGELA. Ya me lo explicaste. ¿No lo recuerdas?

D. LOR. (Á Tomás.) ¿Y tú?

D. TOMÁS. Tambien.

D. LOR. ¿Y lo aprobais?

ÁNGELA. (Con dulzura.) Bien hecho estará lo que tú hagas.

D. LOR. (Á Tomás.) Y tú ¿qué dices?

D. TOMÁS. Lo mismo.

D. LOR. ¡Lo mismo! (Pensativo.) ¡Qué conformidad! ¿Sabeis que hice llamar á un escribano?

ÁNGELA. Lo sabemos.

D. LOR. (Mirando á los dos.) Lo sabeis. Y ¿sabeis que he de hacer que levante acta notarial y en toda forma de mi declaracion y de mi renuncia?

ÁNGELA. Sí, Lorenzo mio.

D. LOR. Para que luégo el juez provea á lo que en derecho procede. ¿No es cierto?

D. TOMÁS. Es natural.

D. LOR. (Á Ángela.) Y tú ¿qué dices?

ÁNGELA. (Con voz llorosa.) Si estos bienes que hoy disfrutamos no te pertenecen... bien haces.

D. TOMÁS. Si el nombre que llevas no es tuyo, preciso será que á él renuncies.

ÁNGELA. Y en todo caso tu voluntad es ley.

D. LOR. ¡Pero ley tiránica... impía!... ¿No es verdad?

ÁNGELA. Ley que yo acato como la mejor.

D. LOR. (Inquieto, nervioso, casi irritado.) Y ¿no resistes? ¿y no luchais?

D. TOMÁS. Tu conducta es la de un hombre honrado... En rigor no podías hacer otra cosa.

D. LOR. ¡Qué sumision tan inverosímil! ¡Qué docilidad tan extraña! ¡Qué cambio tan repentino! Me estais mintiendo... ¡Digo que me estais mintiendo! (Con violencia.)

ÁNGELA. ¡Por Dios, Lorenzo!

D. TOMÁS. (Ap.) (¡Ah, no hay esperanza! La demencia invade como negra ola su cerebro.)

D. LOR. (Calmándose.) En fin, mejor es así. (Pausa. Con ternura y acercándose á Ángela.) ¿Dónde está Inés?

ÁNGELA. ¡Pobre hija mia!

D. LOR. ¿No la defiendes contra mí? Pues sin embargo, esa es tu obligacion. (Con dulzura.)

ÁNGELA. ¡Ay Lorenzo! ¿Qué puede contra tí esta infeliz mujer? Tu voluntad se templa en la lucha y en la desgracia: la mia cede hasta besar el polvo.

D. LOR. Tienes razon: es irresistible mi voluntad cuando el deber me inspira. Y ¿qué dices á todo esto? (Á Tomás.)

D. TOMÁS. Que así será.

D. LOR. Así es. (Pausa.) ¡Pobre Ángela!... Y ¿sabes tú lo que vamos á hacer firmada que sea el acta y entregada la prueba?

D. TOMÁS. ¿Tienes una prueba?

D. LOR. ¿No lo sabias? (Ap. con extrañeza.) (Pues de ella hablaban cuando yo entré.) Si, la tengo; evidente, irecusable, clara como la luz, aunque es negra como la noche y la traicion.

ÁNGELA. Cálmate, Lorenzo.

D. TOMÁS. Y ¿cuál es?

D. LOR. Una carta de mi madre... de aquella mujer que se lamaba madre mia.

ÁNGELA. (Ap.) (¡Dios mio! ¿Será verdad?)

D. LOR. Su firma, su letra... y está allí... en mi poder.

D. TOMÁS. (Ap.) (¡Ah! Si así fuese...)

D. LOR. Pues bien, entregada la prueba, tú, (Á Ángela.) y la pobre Inés y yo, saldremos al momento de esta ca-

sa... de esta casa que ya no será nuestra, y de la que hoy mismo la ley tomará posesion hasta que acudan los herederos de Avendaño. (Animándose gradualmente.) Y en tanto nosotros, sin recursos, sin nombre, sosteniendo en nuestros brazos una hija moribunda, porque Inés morirá, tú me lo aseguras, (Á Tomás.) iremos solos, solos y desesperados... No, dije mal. Blasfemé. Iremos con la honra entera, con la conciencia tranquila, alta la frente, y Dios con nosotros. ¡Qué me importa que todos me abandonen si Él me acompaña?

ÁNGELA. Tu voluntad es ley, Lorenzo... (Abrazándole.) Ántes lo dijeron mis labios: ahora te lo dice mi corazon.

D. TOMÁS. (Ap.) (Si la prueba existe.. este hombre es un santo. Pero, ¡ay! que si no existe, mi pobre Lorenzo es un demente.)

CRIADO. (Anunciando.) La señora Duquesa y el señorito Eduardo.

ÁNGELA. Que pasen. (Á Tomás.) ¿Usted los avisó?

D. TOMÁS. (Aparte á Ángela.) Hablé con ellos anoche. La Duquesa me prometió venir, y, ya lo vé usted, cumple su palabra.

D. LOR. No he de verlos... quiero estar ó solo... ó con vosotros... no más. Adios... Ángela mia.

ÁNGELA. Adios, Lorenzo.

D. LOR. (Mirando el reloj.) ¡Qué tardo marcha el tiempo! (Se dirige á la puerta de la derecha, Tomás le acompaña.) ¿Avisaste á los testigos? (Al llegar á la puerta.)

D. TOMÁS. Dos esperan ya, y otro vendrá más tarde.

D. LOR. ¿Quiénes son?

D. TOMÁS. No los conoces: son amigos mios.

D. LOR. Y mios ¿por qué no?

D. TOMÁS. Pensé que los mios lo eran tuyos.

D. LOR. (Le mira un momento.) Y lo son. (Aparte.) (¡Ah! ¡Esta conformidad! ¡Hubiera preferido... que me resistieran... que luchasen!...)

ESCENA V.

ÁNGELA, DUQUESA, EDUARDO, D. TOMÁS.

ÁNGELA. Duquesa...

DUQUESA. ¡Señora! (Saludándose cariñosamente.)

ÁNGELA. ¡Siempre tan buena con nosotros!...

DUQUESA. No podía negar á ustedes en trance tan cruel el consuelo de una amistad verdadera. Dios ha querido que por distintos modos la misma desgracia venga á herirnos. (Esta última frase, en voz baja señalando á Eduardo.)

ÁNGELA. Pero ¿cuál es el nombre de la desgracia que á mí me hiere? no lo sé.

EDUARDO. Pues ha llegado el momento de averiguarlo: se llama miseria y vergüenza, y muerte de Inés, ó se llama?...

ÁNGELA. DUQUESA. } ¡Eduardo!

EDUARDO. Perdóname, madre mia, todos nos debemos hoy la verdad. Tú lo has dicho: «Transigiré con la desgracia de don Lorenzo por el amor que te tengo, por el amor que me tienes; nunca transigiré con su pública deshonra: nunca, ni áun á precio de tu vida.» De mi vida, madre, ¿no es esto?

DUQUESA. (Con tono triste, pero enérgico.) Sí.

EDUARDO. (Dirigiéndose á Ángela.) Pues bien, señora, sepamos el nombre de la desgracia que á usted la hiere: ¿se llama deshonra, ó se llama locura? Este es el problema y es preciso resolverlo. Si don Lorenzo dice verdad; si su juicio está firme; si presenta pruebas de lo que asegura, respetemos su cruel virtud. Pero si, como yo creo por mil indicios que casi constituyen evidencia, un velo eterno cubre su mente y para siempre apagóse la luz de su razon, entónces

defienda usted, Ángela,—es en usted obligacion sagrada—el nombre que lleva, su posicion social, su fortuna, la misma honra de don Lorenzo, contra sus propios delirios, y ¿por qué no decirlo? la felicidad y la vida de Inés. No deje usted tan altos intereses y tan caros objetos á merced de un demente.

DUQUESA. ¡Eduardo!

EDUARDO. La palabra es dura, pero al fin había de pronunciarse. Sepamos de una vez si esta batalla de honras y vidas, en que don Lorenzo nos ha empeñado, es lo que parece ó lo que temo; y en suma, si el heróico sacrificio del implacable sabio es locura ó santidad.

DUQUESA. Basta, Eduardo. (Ángela se sienta en el sofá y llora amargamente. La Duquesa se acerca á ella.)

D. TOMÁS. (Á Eduardo.) La dicha de esta familia como si fuera mi propia dicha me interesa. Lo que usted propone está previsto, y la ley y la ciencia resolverán.

DUQUESA. Que Dios los ilumine á ustedes. (Á Ángela.) Vamos, señora: valor, conformidad. ¿Dónde está Inés?

ÁNGELA. ¿Quiere usted verla?

DUQUESA. Sí.

ÁNGELA. Venga usted. (Á Tomás.) Y usted tambien: quiero que la vea. Tres dias hace que sólo la fiebre le da fuerzas... ¡Ah, mi hija... mi hija se muere!

D. TOMÁS. ¡Pobre niña! (Salen Ángela, la Duquesa y Tomás.)

ESCENA VI.

EDUARDO.

¡Y dudan todavía! ¡Qué ceguedad! ¡Y no comprenden que el bueno de don Lorenzo á fuerza de buscar, no la razon de las sinrazones como el andante caballero, sino la razon de todas las razones que han inventado los sabios, concluyó por perder la única

que á Dios plugo darle, que fué la razon natural! ¡Oh! no ha de ser: no he de permitir yo que sacrifiquen la vida de Inés á las extravagancias de un pobre loco.

ESCENA VII.

EDUARDO, INÉS.

Sale agitada y como huyendo, del gabinete de la izquierda, que fué donde entraron los loqueros.

INÉS. ¿Quiénes son esos hombres, quiénes son?

EDUARDO. ¡Inés de mi vida! ¡Qué pálida estás! ¡Qué círculo cárdeno orla tus divinos ojos! (Saliéndole al encuentro.)

INÉS. Pero respóndeme: ¿quiénes son? ¿á quién esperan? ¡Qué se vayan! (Acercándose con precaucion á la puerta que quedó abierta y mirando: Eduardo procura traerla al proscenio.) ¡Hay en ellos algo siniestro!... Mi padre... ¿dónde está mi padre? Buscándole, entré en ese gabinete por el salon, y los he visto... y no los quiero ver, y no puedo apartar de ellos los ojos.

EDUARDO. Pero ¿qué tienes?... ¿Por qué no me miras? ¿Por qué huyes de mí? Inés, Inés, ¿te pesa nuestro amor?

INÉS. (Viniendo al proscenio.) ¡Nuestro amor! Tú sabes que es mi vida; pero ¡ay, Eduardo! ¡á qué terrible prueba ha querido Dios someterlo! Tú no comprendes esto. ¡Dicha suprema es para mí tu amor, y la esperanza de tu amor aún mayor dicha! Mayor, mucho mayor; que en él está el presente, que en ella está todo el porvenir. Y sin embargo, Eduardo mio, la esperanza es un crímen en tu pobre Inés: un crímen. ¿Se comprende crueldad semejante? Lo que á ningun sér humano se le niega, me niega á mí el destino. Yo era ayer una niña: mi pensamiento flotaba risueño en un limbo blanco y trasparente, como vaporosa

neblina entre rayos de luna: hoy es plomo, segun pesa: hoy es lava, segun arde. ¡Si vieras qué cosas tan horribles me dice en el silencio de la noche! Y esos pensamientos no son mios; no es mi voluntad quien los forja: vienen yo no sé de dónde: yo los rechazo, pero ellos vuelven: y primero me acosan con quejidos que dicen. «¡pobre padre tuyo!» y luégo me hostigan con voces de tentacion que murmuran: «Inés... Inés... ¿Quién sabe?... aún puedes ser feliz: tu amor es aún posible: espera .. espera... pobre niña.» ¿Comprendes tú nada más horrible,—porque esto debe ser el ángel malo,—que oir dentro de una misma la voz de Satanás, de él que nada espera, hablando de esperanzas?

EDUARDO. Vuelve en tí, Inés mia.

INÉS. (Acercándose á Eduardo.) ¡Tengo remordimientos!

EDUARDO. ¿De qué?

INÉS. Yo no sé: yo no he hecho nada malo. ¡Padre mio! ¡pobre padre mio!

EDUARDO. ¡Ángel de mi vida! ¡Inés de mi alma! Cálmate: cálmate, yo te lo ruego.

INÉS. Mira, Eduardo, quisiera morir.

ESCENA VIII.

D. LORENZO, INÉS, EDUARDO.

D. Lorenzo entra por el fondo y se detiene al oir á Inés.

D. LOR. (Ap.) (¡Morir ha dicho!)

EDUARDO. ¿Tú morir? No, Inés, eso no; no digas eso.

INÉS. ¿Por qué? Si no muero de dolor; si llego á ser dichosa, he de morir de remordimiento.

D. LOR. (Ap.) (¡De remordimiento! ¡Ella! ¡Si llega á ser di-

chosa! ¿Qué nueva fatalidad flota en el aire y está pesando sobre mi frente? ¡Remordimiento!... ¡Ya sorprendí al pasar otra palabra más! Cruzo salones y galerías, y voy de una á otra parte, espoleado sin cesar por insufrible angustia, y oigo frases que no comprendo, y fíjanse en mí, ojos que dicen algo que no comprendo tampoco, y unos lloran, y otros sonrien, y nadie se me opone, y todos, ó me huyen ó me observan...) ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? (En voz alta.)

INÉS. (Yendo á él y abrazándole.) ¡Padre mio!

D. LOR. ¡Inés! ¡Qué pálida estás! ¿Qué dolorosa contraccion hay en tus labios? ¿Por qué finges sonrisas que han de terminar en sollozos!... ¡Qué hermosa en su dolor! ¡Y todo es culpa mia!

INÉS. No, padre.

D. LOR. ¡Qué cruel soy! ¡Ah! tú lo piensas, aunque no lo dices.

EDUARDO. Es un ángel Inés, y no caben pensamientos rebeldes en ella; pero ¿quién al verla sufrir no ha de pensarlo y no ha de decirlo?

D. LOR. Nadie: tiene usted razon.

EDUARDO. Pues si yo la tengo, no la tiene usted. (Con energía.)

D. LOR. Yo la tengo tambien. Hay algo más pálido que la pálida frente de la doncella enamorada: hay algo más triste que las tristes lágrimas de esos divinos ojos: hay algo más cruel que la sonrisa de esos labios, y algo más trágico que la muerte del ser querido.

EDUARDO. Y ¿qué otras palideces, y qué otras lágrimas, y qué otras tragedias son esas? (Con violencia y desden.)

D. LOR. ¡Insensato! (Cogiéndole por un brazo.) ¡La pálidez de la culpa, las lágrímas del remordimiente, la conciencia de la propia infamia!

EDUARDO. ¡Y es infamia y remordimiento y culpa hacer la felicidad de Inés?

D. LOR, (Con desesperacion.) ¡No debía serlo!... ¡Pero lo es!

Pausa.) ¡Y ese es mi tormento! ¡Y esa idea es la que ha de volverme loco!

INÉS. ¡No, padre mio; no digas eso! Sigue tu camino sin pensar en mí. ¡Qué importa que yo viva ó que yo muera!

D. LOR. ¡Inés!

INÉS. Pero no vaciles... y sobre todo que nadie te vea vacilar: que tu palabra sea clara y persuasiva como lo es ahora: que el enojo no te ciegue... Calma, calma, padre mio. ¡Por Dios te lo pido!

D. LOR. ¿Qué dices?... ¡No comprendo!...

INÉS. ¿Acaso sé yo lo que digo?... Adios... Adios... No quiero afligirte.

EDUARDO. ¡Ay, si escuchara usted á su corazon; si hiciera usted callar á su pensamiento! (Á Lorenzo.)

INÉS. Déjale... ¡Ven conmigo... no le hostigues... ó harás que te aborrezca! (Á Eduardo.)

D. LOR. ¡Pobre niña!... ¡Tambien ella lucha, pero tambien ella vence! ¡Por algo es hija mia! (Con arranque de supremo orgullo. Inés y Eduardo se dirigen al fondo: al pasar por delante de la puerta del gabinete ve Inés á los loqueros y hace un movimiento de horror.)

INÉS. ¿Qué vision siniestra pasa ante mi vista?... ¡Aquellos hombres!... No, padre, no entres ahí.

EDUARDO. ¡Ven... ven, Inés mia!

INÉS. (Á su padre.) No... no... Yo te lo ruego.

D. LOR. (Dirigiéndose á ella.) ¡Inés!

INÉS. ¡Aquellos hombres! ¡Aquellos!... Mira. (Extendiendo el brazo hácia el gabinete. D. Lorenzo se detiene y mira tambien: en este instante los loqueros, al oir gritos, asoman por entre los cortinajes la cabeza.)

EDUARDO. (Llevándose á Inés.) ¡Por fin!...

ESCENA X.

D. LORENZO, BRÁULIO, BENITO.

(Breve pausa.)

D. LOR. ¿Quiénes podrán ser? Pasen ustedes. (Los loqueros entran con cierta timidez: hablan con frases cortadas y secas.)

BRÁULIO. Don Tomás...

D. LOR. (Ap.) (Ya comprendo.)

BENITO. Nos dijo que esperásemos ahí...

D. LOR. Dispensen ustedes: yo no sabía...

BRÁULIO. No hay de qué.

D. LOR. (Ap.) (Extraño aspecto en verdad.) Pero siéntense ustedes.

BENITO. Gracias.

BRÁULIO. Estamos bien de cualquier modo.

D. LOR. No puedo consentir...

BRÁULIO. Usted se empeña.

BENITO. Si el señor lo manda, mejor se espera así. (Se sientan ambos en el sofá: D. Lorenzo queda en pie.)

D. LOR. (Ap.) (Algo siniestro se refleja en esas miradas, ó es que la mia refleja los relámpagos que cruzan por mi espíritu.) (Los observa de nuevo con atencion. En voz alta.) Inés fué la que al pasar los vió á ustedes y la que me previno...

BRÁULIO. Sí, una señorita muy bella.

BENITO. Pero muy triste.

BRÁULIO. Parecía una dolorosa. (Á cada contestacion que dan los loqueros, que debe ser, como queda dicho, cortada y seca, guardan silencio, por decirlo así, repentino; permaneciendo rígidos é inmóviles y mirando hácia el frente con cierta vaguedad)

D. Lor. Se asustó al verlos á ustedes y vino huyendo: no lo extrañen; la pobre está muy enferma... y es casi una niña...

Bráulio. (Con cierta sonrisa vaga y como de idiota.) Siempre nos sucede lo mismo en las casas.

D. Lor. (Ap., con extrañeza.) (¡En las casas!)

Benito. (Fijando su vista casi por primera vez en D. Lorenzo, y despues volviendo á mirar al frente.) Será la hija de ese pobre señor, ¿eh?

D. Lor. ¿De quién?

Benito. (Sin mirarle.) Del que está... (Hace un movimiento, llevándose la mano á la frente, pero sin mirar á D. Lorenzo. D. Lorenzo hace á la vez otro movimiento de sorpresa que sólo el actor puede interpretar debidamente. Como ninguno de los loqueros le mira, no pueden observarlo.)

D. Lor. (Ap.) (¡Ah! ¡No!... ¡Qué idea!) (En voz alta y dominándose.) Justo, Inés es la hija de... (Desde este momento Lorenzo los observa con creciente ansiedad.)

Benito. ¡Qué hermosa es! Pero ¡qué triste está!

Bráulio. ¡Ya! Motivos tiene para estar triste.

D. Lor. ¿Ustedes saben?...

Bráulio. Todo. (Mirando otra vez á D. Lorenzo y luégo separando la vista.)

D. Lor. ¿Don Tomás les ha dicho?...

Benito. ¿Á nosotros? No.

Bráulio. Él habló con el Doctor.

Benito. ¿Á nosotros? ¿Con qué objeto? Nosotros en cumpliendo con nuestra obligacion...

D. Lor. (Ap.) (Siento un sudor frío, como sudor de muerte por todo mi cuerpo. Yo deliro... Nada de esto es verdad.) (Repitiendo maquinalmente.) Con su obligacion..

Bráulio. Nosotros en estando á la mira por si se desmanda...

D. Lor. Por si se desmanda... ¿Quién?

Bráulio. ¡Él!

D. Lor. (Retrocede unos pasos mirándolos con terror: se pasa la mano por la frente como para desechar una idea: retrocede más,

vacila y se apoya en la mesa. Despues habla con voz opaca, muy baja y cortando las palabras.) ¿Conque ustedes lo saben todo?

BRÁULIO. Casi todo.

BENITO. Como hace tanto que esperamos, hemos oido las conversaciones de los criados.

D. LOR. ¿Y ellos?...

BRÁULIO. De pe á pa. Parece que anteanoche tuvo don Lorenzo un ataque. Usted lo sabrá mejor que nosotros.

D. LOR. Sí. (Con voz cada vez más apagada y más sombría.)

BENITO. Dícese que ahogó á una pobre anciana. (Lorenzo hace un movimiento de horror y de nuevo se cubre el rostro con las manos.)

BRÁULIO. ¡Vaya con el hombre! ¡Bien empieza!... Y claro... Siempre sucede lo mismo... La familia...

D. LOR. ¡La familia! (Separando las manos, dando unos pasos como movido por una sacudida eléctrica, mirándolos con suprema ansiedad y hablando con voz sorda.)

BRÁULIO. ¡Pues! La familia.... es natural... Como que dicen que quería regalar toda su fortuna; ¡qué sé yo cuantos millones! ¡Diablo de loco! Nada: lo mejor es lo que han dispuesto: fuera, fuera. Nos lo llevamos, y quedan las señoras tranquilas....

D. LOR. ¿Á mí!!... ¿Ellas!!... ¿Ángela!!... ¿Inés!!... ¡No!... ¡No!... ¡Imposible! (Retrocede de nuevo hácia la izquierda. Sólo el talento del actor puede interpretar estos gritos desgarradores.)

BRÁULIO. (Volviéndose hácia D. Lorenzo.) (Ap.) (Pero ¿qué tiene este señor?) Mira... mira... (Á Benito. Ambos loqueros se incorporan un tanto y se inclinan hácia la izquierda, mirando con curiosidad á D. Lorenzo: debe estudiarse con cuidado el grupo que forman dichos personajes.)

D. LOR. ¡Aire!... ¡Luz!... No... ¡luz no! ¡Tinieblas!... ¡No quiero ver!... ¡No quiero pensar!... (Cae en el sillon y hunde la cabeza entre las manos.)

BENITO. ¡Toma!... Si yo creo que es...

BRÁULIO. ¡Buena la hicimos!

BENITO. ¡Quién pensara!...

BRÁULIO. Volvámonos á nuestro escondite.

BENITO. ¡Y chiton! No digamos nada. (Se levantan y con mucha precaucion y observando á D. Lorenzo sin cesar, se dirigen al gabinete.)

BRÁULIO. Claro: ni una palabra. Nos mandaron que ahí: pues ahí. No debimos movernos.

BENITO. Como se oian gritos y llantos... (Llegan á la puerta, se detienen y miran á D. Lorenzo, que sigue en la misma actitud. Un criado entra por el fondo, pasa rápidamente y sale por la derecha.) Déjale... Déjale... Mientras esté tranquilo... (Entran en el gabinete y cierran la poerta.)

ESCENA X.

D. LORENZO, D. TOMÁS con el CRIADO, por la derecha.

D. LOR. ¡Dios mio! ¡Aparta el cáliz de mis labios!... ¡No puedo más, no puedo más!... ¡Si es que no puedo más! (Solloza con desesperacion.) ¡Me hiciste creer en ellas ¡me hiciste amarlas!... ¡Y ellas, las traidoras!.. ¡No!... ¡No! ¡Señor, me has dado la vida, quítamela pronto!... ¡Mira, Dios mio, que me asalta horrible tentacion de arrancar con mis propias manos la podrida vestidura de mi carne! ¡Morir... quiero morir!... ¿Lo ves?... De rodillas te lo pido!... ¡De rodillas!... ¡Sé bueno! ¡Sé compasivo!... ¡La muerte!... ¡La muerte!... ¡La muerte á mí, pálida mensajera de tu amor! (Cae de rodillas junto al sillon, y apoyándose en él dobla la cabeza y oculta el rostro en las manos.)

D. TOMÁS. (En voz baja al criado.) ¿Vienen ambos?

CRIADO. (Lo mismo á Tomás.) Si señor, el escribano y el Doctor Bermúdez. (D. Tomás y el criado se detienen en el

centro al reparar en Lorenzo, que sigue de rodillas y sollozando.)

D. TOMÁS. ¡Infeliz! (Dando un paso hácia D. Lorenzo: luégo se arrepiente y se dirige al fondo.) ¿Para qué? Terminemos pronto. (Salen D. Tomás y el Criado.)

ESCENA XI.

D. LORENZO, despues D. TOMÁS y el DOCTOR BERMÚDEZ.

D. LOR. ¡Ya estoy más tranquilo! ¡La herida es mortal! ¡La siento... aquí en el corazon! ¡Gracias, Dios bueno! (D. Tomás y el Doctor entran por el fondo y se detienen observando á D. Lorenzo.)

D. TOMÁS. Mírelo usted, allí... junto al sillon.

DOCTOR. ¡Desgraciado!

D. LOR. (Levantándose y aparte.) (¡Ah, ser miserable! Todavía... todavía... acariciando esperanzas imposibles... ¿Imposibles?... ¿Y si ellas creen de buena fé que yo?... ¡Ah, si me amasen, no lo creerían! (Con desesperacion. Pausa.) Yo le oí á Inés... á la hija de mi alma... decir: «¡Remordimientos!» ¿Por qué decía remordimientos? (Con agitacion creciente y en alta voz.) ¡Todos.. miserables!... Casi se alegrarían de que yo muriese... No... no moriré hasta cumplir mi obligacion de hombre honrado, hasta dar desenlace á mi locura.)

D. TOMÁS. (Poniéndole una mano en el hombro.) Lorenzo.

D. LOR. (Volviéndose y al reconocerle retrocediendo con disgusto.) ¡Él!

D. TOMÁS. Te presento al señor de Bermúdez, uno de mis mejores amigos. (Pausa. D. Lorenzo mira á los dos de un modo extraño.)

DOCTOR. (Á Tomás en voz baja.) Vea usted cómo procura dominarse: él tiene conciencia vaga de su situacion: no me queda duda.

D. LOR. Uno de tus mejores amigos... uno de tus mejores amigos.

DOCTOR. (Ap. á Tomás) (Se le escapa la idea y se afana por retenerla.)

D. LOR. Pues si es uno de tus mejores amigos, de su lealtad me responde la tuya. (Con ironía.)

DOCTOR. (Ap. á Tomás.) (Al fin encontró la frase: pero vea usted qué entonacion tan poco natural.) (En voz alta.) Vengo á ser testigo, segun me afirma Tomás, de un nobilísimo rasgo.

D. LOR. Y ademas de una indigna traicion.

D. TOMÁS. Lorenzo...

DOCTOR. (Ap. á Tomás.) (Déjele usted decir.)

D. LOR. Y de un ejemplar castigo.

DOCTOR. (Ap. á Tomás.) (Muy grave, amigo don Tomás... muy grave.)

D. LOR. Avisa á todos... (Á Tomás.) á todos; á propios y extraños. Que vengan aquí; y que esperen aquí mis órdenes mientras yo cumplo allá mi deber. ¿Á qué aguardas?

DOCTOR. (Ap. á Tomás.) (No hay que contradecirle: avise usted.) (Tomás toca un timbre; aparece un criado, á quien habla en voz baja y el cual luégo sale por la derecha.)

D. LOR. Es la última prueba: casi me inspiran lástima los traidores. ¡Ah! la seguridad del triunfo me sostiene. Calma, corazon. Ya están... ya están... ¡No quiero verlas... ¡Á mí que tanto las amaba!... ¡No quiero... y á ellas se tornan mis ojos... y las buscan... y las buscan!...

ESCENA XII.

D. LORENZO, D. TOMÁS, el DOCTOR. Por la derecha ÁNGELA, INÉS, DUQUESA y EDUARDO.

D. LOR. ¡Inés! ¡No es posible! ¡Ella! ¡No es posible!... ¡Hija mia! (Se precipita con los brazos abiertos hácia ella. Inés corre á su encuentro.)

INÉS. ¡Padre! (Al ir á abrazarla se interpone Bermúdez que los separa violentamente.)

DOCTOR. ¡Eh!... vamos... don Lorenzo, puede usted causar mucho daño á su hija.

D. LOR. (Cogiéndole por un brazo y sacudiéndole con violencia.) ¡Miserable!... ¿Quién eres tú para separarme de ella?

D. TOMÁS. ¡Lorenzo!

EDUARDO. ¡Don Lorenzo!

ÁNGELA. ¡Dios mio! (Las mujeres se agrupan instintivamente, Inés en los brazos de su madre, la Duquesa junto á las dos. Tomás y Eduardo acuden á librar á Bermúdez de las manos de don Lorenzo.)

D. LOR. (Dominándose, ap.) ¡Ya!... Pensarán los imbéciles que es un nuevo acceso de locura. ¡De locura! ¡Já, já, já! (Riendo con carcajada contenida. Todos le observan.)

DOCTOR. (Ap. á Tomás.) (Evidente.)

ÁNGELA. (Ap.) (¡Ah, mi pobre Lorenzo!)

INÉS. (Ap.) (¡Ah, padre mio!)

D. LOR. (Ap.) (Ya vereis cómo acaba mi locura. Ántes de salir de esta casa con qué placer arrojaré á ese Doctor. ¡Ánimo! La lucha me da fuerzas. ¿Pues qué? ¿No hay más que declarar loco á un hombre porque cumple con su deber? ¡Ah!... no es posible. La humanidad no es tan ciega ó tan infame. Basta ya. Calma. Traicion, empieza tú; y empieza tú, castigo.) (En voz

alta.) Ha llegado la hora de que cumpla un deber sagrado, aunque por todo extremo doloroso. Inútil es que ustedes presencien formalidades que la ley exige, y que fueran harto molestas. El representante de la ley allí me espera, y yo cumpliendo otra ley más alta, voy á despojarme de bienes que no son mios, y de un nombre que en conciencia ni yo puedo llevar ni puede llevar mi familia. Despues vendré aquí, y con mi esposa, y con mi... con mi hija; sin que nadie me lo pueda impedir, sin que podais resistirme vosotras, saldré de esta casa, que fué para mí, pasado de amor y felicidad; que es hoy presente de traicion y de infamia. Señores, (Á Tomás y Bermúdez.) ustedes me preceden: yo se lo ruego. (Entran todos lentamente en el gabinete de la izquierda. Al salir dirige Lorenzo una última mirada á Inés.)

ESCENA XIII.

ÁNGELA, INÉS, DUQUESA, EDUARDO.

Las tres mujeres en primer término, Eduardo escuchando á la puerta de gabinete.

INÉS. ¡Dios mio, sálvale!

ÁNGELA. (Abrazando á su hija.) Sí, tienes razon. Pensemos sólo en él; pidamos sólo por él.

DUQUESA. Deber sagrado es en ustedes anteponer á su dicha la de don Lorenzo; pero en todo caso obligacion no ménos sagrada es conformarse con una más alta voluntad que la nuestra. (Pausa.)

INÉS. (Á Eduardo.) ¿Qué dice?. . ¡Por Dios!... ¿Qué dice?

EDUARDO. Está hablando; su frase es fria y severa; pero sin vacilaciones ni ambigüedades. (Eduardo vuelve á la puerta.)

ÁNGELA. ¡Qué angustia, qué ansiedad! ¡La muerte es preferible á este suplicio!

INÉS. ¡Y qué importa lo que diga mi pobre padre, si de antemano está juzgado!

ÁNGELA. No, hija mia; no digas eso.

INÉS. Sí: lo digo porque yo lo siento, porque yo lo veo en los que son ahora sus jueces.

ÁNGELA. Pero ¿qué ves?

INÉS. En esa gente, la monomanía del oficio...

ÁNGELA. ¿Y en Tomás?

INÉS. Sus opiniones científicas... qué sé yo... sus propias locuras...

ÁNGELA. ¿Pero en mí?

INÉS. (Abrazándose á ella) ¡El amor que me tienes!

ÁNGELA. ¡Cálla, Inés, calla!

INÉS. ¡Todos contra mi padre! ¡Pobre padre mio!

DUQUESA. Usted, delira, Inés.

INÉS. Sí, deliro: como usted y como todos nosotros ¡ménos él... ménos él!... ¡Me lo dice el corazon! Usted misma, señora, lo que desea es la felicidad de Eduardo; y Eduardo, mi amor; y su amor, yo; y mi padre, su virtud, su honradez son obstáculos para todos nosotros, y en todos nosotros se agita algo oscuro que envuelve en sombras nuestras conciescias. ¡Padre mio! ¡Padre mio!

ÁNGELA. ¡Por Dios, Inés, qué ideas!

INÉS. ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... ¡Oigo su voz!

EDUARDO. (Acercándose.) Habla de una prueba terminante.

INÉS. ¡Ojalá! (Á Eduardo.) ¿Y ahora?

EDUARDO. Le exigen la presentacion de la prueba para que conste en el acta y para su entrega al juez.

ÁNGELA. ¿Y él?

EDUARDO. El sonríe con risa de triunfo. Está pálido, muy pálido; pero sereno y digno. Aquí se acerca. (Viene Eduardo al proscenio y dice aparte.) (Este hombre me da miedo.)

INÉS. (Ap.) (¡Ojalá... aunque muera mi amor!)

ÁNGELA. (Á la Duquesa.) ¿Será verdad?

DUQUESA. (Á Ángela.) ¿Será verdad?

EDUARDO. (Ap., viendo entrar á D. Lorenzo.) (¡Ah! ¡Seré yo el insensato!

ESCENA XIV.

ÁNGELA, INÉS, DUQUESA, EDUARDO, D. LORENZO, DOCTOR, D. TOMÁS.

La situacion de los personajes es la siguiente: las tres mujeres, formando un grupo, estrechamente unidas, junto al sofá, en el cual se apoyan: Eduardo, detrás del sofá, mirando á D. Lorenzo con temor y como dominado por él. D. Lorenzo avanzando tranquilo y altivo hácia el centro del escenario. Tomás y Bermúdez vienen detrás de él y se detienen á algunos pasos de la puerta.

D. LOR. (Acercándose á la mesa y poniendo la mano con aire de triunfo sobre el papitre.) Aquí está la prueba... Aquí está la verdad. (Pausa. Abre el pupitre y saca el sobre con el pliego en blanco. Despues avanza hácia el proscenio. Tomás y Bermúdez por un lado, Eduardo por otro, se aproximan á él.) ¡Desdichados los que imaginaban sacrificarme á su interés ó á su pasion! ¡Cuán amargo será el desengaño! ¡Cuán cruel será el castigo! ¡Ojalá pueda mitigarlo mi perdon! (Profundamente conmovido.)

ÁNGELA. (Acercándose.) ¡Lorenzo!

INÉS. ¡Padre!

D. LOR. ¡Esta es la prueba, Tomás: esta es la prueba, Ángela: esta es la prueba, hija mia! Oid. (Pausa. D. Lorenzo rompe el sobre. Todos se acercan á él y le rodean.) Esta es... ¡Qué es esto! (Separando el papel de sus ojos y pasando por ellos las manos.) ¿Qué sombras empañan mis ojos?... ¿Hay lágrimas en ellos y me impiden ver?...

No... Ántes lloré... Ahora no estoy llorando. (*Vuelve á mirar el papel con horrible ansiedad, lo extiende, lo vuelve, busca por todas partes lo escrito.*) Pero ¿dónde está lo que escribió aquella mujer?... Si yo lo he leido mil veces... Y ahora no puedo... (*Á Tomás, mostrándole el papel.*) ¿Qué dice aquí?... Lee... lee pronto... ¿Pero qué dice?

D. TOMÁS. Nada, pobre Lorenzo.

D. LOR. ¡Nada!... (*Mirando otra vez el papel.*) ¡Me engañas! ¡Bermúdez, ese me engaña! ¡Es uno de los miserables que han urdido esa infame traicion!... Lea usted... lea usted...

DOCTOR. Está en blanco el papel.

D. LOR. ¡No hay nada escrito! ¿Dice usted que no hay nada escrito? No es verdad... no... no es verdad. ¡Inés, hija mia, mi único amor, ven, salva á tu padre!... ¿Qué dice aquí?

INÉS. ¡Nada veo, padre mio!

D. LOR. Nada... Tampoco ella... Pero esto ¿no es una prueba?

D. TOMÁS. Sí, desdichado amigo... una prueba... y harto cruel.

D. LOR. (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Ah, lo comprendo! (*Mirando á Tomás y á Ángela.*) ¡Ántes hablaban de una prueba!.... ¡Tú!... ¡Y tú!... (*Á Ángela y á Tomás.*) ¡La quitaron de allí!..... ¡Jesús! ¡Jesús! (*Se aparta de ellos con horror: todos se separan de él, y de este modo queda en el centro, pero un poco aislado. El actor interpretará este momento como crea oportuno. Pausa.*) ¡Sea!... Sea!... ¡Vencido!... ¡Miserablemente vencido! ¡Cómo se gozan en su triunfo! ¡Con qué hipócrita dolor me contemplan! ¡Y fingen que lloran! ¡Todos lo fingen! (*Pausa.*) ¡Ay... mi corazon! ¡Ay... ilusiones de la vida!... ¡Ay... el amor! ¡Ay... mi hija! ¡mi hija!... ¡Fantasmas que giran y huyen... huid para siempre!... ¡Y yo creía en todo! ¡Qué azul era el cielo! ¡Qué blanca la frente de Inés!... Y ahora ¡en qué voy á creer! Ya lo veis: no lucho. Cedo: vuestra es la

victoria. ¿Aquellos hombres para qué han venido si yo no resisto? Iré á donde querais. ¡Adios! (Á Tomás que se le acerca y le coge la mano.) ¡No me toques! ¡Cuando la piel humana me roza; me parece que sobre mi carne deslizan víboras! Yo solo... solo, subiré á mi calvario, con la cruz de mis dolores, sin infame Cirineo que me ayude. Adios, amigo leal, (Siempre á Tomás.) tú que has salvado la fortuna de esta desconsolada familia de entre las manos de un loco. Adios, Ángela... mi tierna esposa... ¡Veinte años hace que te dí, loco de amor, el primer beso! ¡Hoy, tambien loco, te envío el último! (Envía un beso con un grito de horrible desesperacion.)

ÁNGELA. ¡Lorenzo!

D. LOR. ¡Pero no te acerques, que pudiera ahogarte entre mis brazos! (Ángela retrocede.) Adios, Inés; hija mia... (Con voz llorosa.) Si puedes... sé feliz... Á ti nada te digo... No puedo hablarte con enojo. (Da algunos pasos y se detiene falto de fuerzas, quieren acercarse á él, pero los rechaza.) Dejadme: no necesito á nadie. El sudor empapa mi frente, y la sed seca mis labios, y algo que quema mucho me hincha los párpados. (Deteniéndose.) Oye... Inés... ¡hija mia! ¡Si aún me conservas algun amor; si por ventura sientes compasion hácia tu padre: si te pesa lo que entre todos habeis hecho... ven por última vez á mis brazos! ¡Que yo lleve á ese infierno de dolor que me aguarda una lágrima de tus ojos en mi frente y un beso de tus labios en mis labios!

INÉS. ¡Padre! (Quieren sujetarla, pero se desprende de todos y corre hácia don Lorenzo, que se precipita hácia ella y la oprime frenético contra su pecho.)

D. LOR. ¡Hija! (Todos se precipitan hácia ellos, pero sin pretender separarlos todavía.)

INÉS. ¡No... que no te lleven! ¡Yo te amo!... ¡Todos mienten ménos tú!

D. LOR. ¿Tú no quieres que me lleven aquellos hombres?
INÉS. ¡No... no!... ¡Defiéndete!... ¡Defiendeme á mí!...
D. LOR. ¡Sí!... ¡Yo te defenderé!... ¡Que te arranquen de mis brazos.! (Quiere huir con ella, oprimiéndola contra su pecho.)
ÁNGELA. ¡Mi hija!... ¡Mi hija!... ¡Socorro! (Eduardo, Tomás y Bermúdez, pugnan por separar al padre de la hija.)
D. LOR. ¡No la soltaré!... ¡Eternamente contra mi pecho!
INÉS. ¡Sí, sí, padre mio! ¡Defiéndeme!
DOCTOR. Es preciso.
EDUARDO. ¡Don Lorenzo!
D. TOMÁS. ¡Lorenzo!
DUQUESA. ¡Dios mio! ¡Va á matarla como mató á Juana!
ÁNGELA. ¡Inés! (Todos estos gritos casi simultáneos: la lucha rápida: los loqueros salen. Por último los hombres sujetan á don Lorenzo, y las dos mujeres contienen á Inés, arrancando de este modo á viva fuerza á la hijá de los brazos de su padre.)
EDUARDO. ¡Al fin!
INÉS. ¡Padre! (Tendiendo hácia él los brazos.)
D. LOR. No he podido más, hija... no he podido más... Aquí sobre mi rostro siento tus lágrimas y tus besos... Ella me amaba... era inocente... ¡Dios mio, ya lo veo, tú aceptaste mi martirio en aquella noche de lucha y de tentacion á cambio de su dicha! ¡No me arrepiento! ¡Hazla dichosa... muy dichosa!... ¡y para mí... para mí sólo su cáliz de amargura!...
INÉS. ¡Adios! ¡Yo iré á salvarte!
D. LOR. ¿Qué podrás tú... hija mia... si Dios no me salva! (Queda cerca del gabinete entre los loqueros, Eduardo, Tomás y Bermúdez que le sujetan. Inés contenida por las mujeres y en primer término, tendiendo hácia él los brazos.)

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas tragicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

